

LO INVISIBLE

Primera parte: PLANTEAMIENTO

BORRADOR

CAPÍTULO 1.....	3
CAPÍTULO 2.....	10
CAPÍTULO 3.....	22
CAPÍTULO 4.....	30
CAPÍTULO 5.....	35
CAPÍTULO 6.....	44
CAPÍTULO 7.....	56
CAPÍTULO 8.....	68
CAPÍTULO 9.....	77

“Todos tenemos dos vidas. La verdadera es la que soñamos en la infancia. La que continuamos soñando adultos en un sustrato de niebla. La falsa es la que vivimos en convivencia con los demás. La falsa es la práctica y útil. Aquella en la que acaban por meternos en un ataúd. En la otra no hay ataúdes ni muertes. Hay sólo ilusiones de infancia. Y grandes libros pintados para ver y no leer.

En la otra somos nosotros.

En la otra, y no en ésta, vivimos”.

Fernando Pessoa
Lisboa 1888- 1935

CAPÍTULO 1

Hace tiempo que ocurren cosas extrañas a su alrededor. Celia ya casi no repara en ellas, tal vez por cotidianas y por inocuas. Sin embargo, lo de hoy es realmente notable pues el fenómeno está ocurriendo frente a sus ojos. Sentada en la mesa de la cocina desayuna, como cada día, sola. Hace un rato ya que el café y la tostada se enfrían sobre el mantel de plástico floreado sin que pueda prestarles atención, toda ella concentrada al otro lado de la mesa donde crece, a simple vista, un charquito líquido, aparentemente agua, compuesto apenas por unas cuantas gotas. No hay goteras, el techo lo jura por dios, y nada se ha derramado sobre la mesa. Imposible saber el origen del arte o de la ciencia que puedan explicar el hecho innegable que sucede ahí, ahora.

No siente miedo, pero se sobrecoge al calcular la suma de los significados de las manifestaciones que la acompañan desde hace más de un año y, como si la luz se hubiera hecho de repente, comprende todo cuanto está pasando. No siente miedo, jamás podría sentirlo.

Todo comenzó una de tantas noches, de esas a las que Celia llega verdaderamente agotada. Un día largo, demasiado incluso. A su trabajo como recepcionista de un pequeño hotel en el centro de la ciudad, suma a diario las labores de la casa, la atención de su hija Ainhoa, cuatro años de pura inquietud, y la de su marido que, cansado el pobre, llega a casa del trabajo con la única intención de no hacer absolutamente nada.

— Cariño, te ayudaría, pero no puedo ni moverme — dice Beltrán, dirigiéndose a ella que termina de tender una lavadora de ropa blanca —. Estar de pie diez horas en el banco se me hace cada vez más cuesta arriba. Tendría que haber estudiado, seguro que

hubiera podido optar a algo mejor que ser vigilante de seguridad.

— No pasa nada. No te preocupes. Es que si no se seca la camisa esta noche tendré que ponerme la misma de hoy, y ya sabes que me gusta ir impecable al hotel — contesta Celia, ni siquiera lo mira, resignada hace tiempo ya a cargar sobre su espalda el peso de las tareas del hogar —. En cuanto termine me voy a la cama. Y tú deberías hacer lo mismo, que mañana tenemos otro día duro.

— No tengo sueño todavía. Además, quiero ver la peli que ponen ahora — contesta Beltrán, que no aparta la vista del televisor —. Me acuesto cuando acabe. Vete tú. Hasta mañana — se despide antes de tiempo incluso, como si la perspectiva de quedarse solo lo impacientara —. ¡Ah! por cierto... tendrás que recoger a Ainhoa. Ya sé que te dije que lo haría yo, pero hoy me han dicho que mañana no salgo hasta las siete. Lo siento.

— ¡Siempre pasa algo, hijo! Bueno, da igual. Al fin y al cabo, ya estoy habituada. Hasta mañana — dice perdiéndose, entre suspiros de resignación, por el pasillo en dirección al dormitorio.

Frente al espejo del baño, Celia se lava los dientes mientras piensa en lo distinta que podría ser su vida. Un sentimiento intenso, mezcla de pena y rabia, la estremece hasta el punto de ponerla al borde de las lágrimas.

— ¿Por qué? ¿Por qué, joder? — pregunta al reflejo cansado de la desconocida que tiene delante devolviéndole la mirada, incapaz de dar respuesta alguna al hecho incontestable de haberse convertido en una sombra de sí misma. Con la mente ofuscada y perdida en un mar de aguas pesadas, continúa moviendo el cepillo mecánicamente frente a su imagen cuando, como si el aire se moviese de repente a su alrededor, siente que no está

sola en el baño. Imaginaciones de una desgraciada que se siente abandonada por la vida, piensa, mientras se enjuaga la boca con un trago de agua que escupe sobre el lavabo.

Nunca le gustaron los pijamas, menos aún los camisones, Celia duerme sin más ropa que una camiseta, cuanto más vieja y suave mejor. Se siente sexy así. No, no es tu aspecto lo que no funciona – confiesa el espejo a sus pensamientos –, sencillamente hace tiempo que no sientes nada por él y eso, querida, se nota. Beltrán también lo sabe y probablemente tampoco encuentre en tu cuerpo el refugio que tantas veces le ofreció en el pasado. Celia está tan segura de que aún lo quiere como de que no lo ama, al menos no como ella entiende el amor: como una pasión que exige reciprocidad, como las infinitas ansias por estar continuamente a su lado, como el velo interminable que cubre cualquier defecto que pueda tener la persona amada. Así, ambos viven su vida como buenamente pueden, insatisfechos consigo mismos, y bastante hacen con sobrevivir al simple hecho de superar otro día, unidos a la fuerza por una pequeña a la que adoran por igual. Si, tal vez sea eso — se consuela mientras se mete entre las sábanas sin muchas ganas de continuar dándole vueltas al asunto.

«¡Una caricia! Eso ha sido una caricia», piensa, despierta, pero sin abrir los ojos. Hace tanto que no la toca que Celia se sorprende cuando en mitad de la noche siente sobre la piel, bajo la ropa de cama, el roce de una mano que sube por su pierna. No piensa darse por enterada, por más que ella también desee aliviar la necesidad que a todos nos impone nuestra condición de seres sexuales. Continúa inmóvil, dejándose hacer por esas manos que suavemente la rozan apenas, abriendo sus piernas y provocándole un escalofrío de placer cuando avanzan, muy despacio, hacia su sexo.

— Umm... — un susurro sale de su garganta dormida sin quererlo ella — Sigue, por favor

— jadea, los ojos aún cerrados, al notar que las caricias se han detenido y que las manos que la tocaban se aferran ahora, inmóviles, a sus caderas —, sigue... — la suavidad de la lengua que la recorre la coloca en el centro de un desfile de planetas, que brillan a la luz de un sol que los abrasa, girando cada vez más deprisa alrededor de su mirada perdida en la oscuridad, impuesta por ella misma, tal vez por no dejar de soñar que todo vuelve a ser como era. Celia gime de placer, al borde del éxtasis, moviendo rítmicamente las caderas, presas por unas manos que parecen tenazas, tan fuertes que incluso le hacen daño.

— ¡Pero qué coño pasa! — Grita Beltrán a su lado, encendiendo la luz de la lamparita que hay en su mesita de noche — ¿Qué estás haciendo, Celia?

La presión sobre su cuerpo, las caricias y el placer cesan una fracción de segundo después de escuchar el vozarrón de Beltrán. Lo suficientemente tarde para que ella entienda claramente que el hombre que está a su lado no ha puesto en ella el menor interés, tampoco esta noche. Se incorpora en la cama casi de un salto.

— ¡Nada, nada, no te preocupes! Estaba soñando. Sigue durmiendo, anda — responde por toda aclaración, confundida por lo que acaba de ocurrir, pues distingue claramente entre la bruma de una ensoñación y la certeza de que un hombre que no es Beltrán acaba de hacerle el amor. Y, sin embargo, eso es imposible. El estrés, la tensión que acumula su cuerpo agotado y la necesidad de ser tocada, amada, le han jugado una mala pasada. Sin duda, eso es lo que ha pasado —. Voy al baño. Apaga la luz, si quieres.

Con la piel todavía erizada de placer, Celia se lava la cara con la intención de sacudirse la sensación de irrealidad que la rodea. Apoya ambos brazos sobre la encimera del lavabo, su cara empapada en el espejo, preguntándose cómo es posible lo imposible que

acaba de experimentar. Necesita descansar, concluye mientras se recoge el pelo alborotado en una coleta. De repente, los brazos levantados hacia arriba tiran de la camiseta que lleva puesta para dejar a la vista la cintura. Una marca en su cadera derecha la deja petrificada. Claramente dibujados, dos dedos de una mano grande tatúan su piel en el mismo sitio donde, hace apenas unos minutos, una presión muy fuerte pugnaba por mantenerla inmóvil. No da crédito a lo que ven sus ojos, completamente estupefacta, pero no tiene otra opción que dárselo al dolor que siente al tocar las marcas. Efectivamente... son, están ahí y no tiene explicación para ellas. Permanece frente al espejo durante unos minutos, observando el moratón, como si su cerebro se negara a procesar la situación, como si no quisiera tomar una decisión sobre la manera de racionalizar todo eso. Sacudiendo la cabeza, calma su incertidumbre diciéndose a sí misma que todo está bien y que, por más que le cueste creerlo, hay una explicación natural que verá más claramente por la mañana, tras haber descansado.

Cuando, más tranquila ya, por fin vuelve a la cama, como si nada hubiera ocurrido, cae inmediatamente en un sueño profundo que huele a naranja y a menta fresca. Ahora puede ver claramente la figura de un hombre que viene hacia ella con paso firme, irradiando deseo en un aura que lo ilumina todo y que le impide apreciar su rostro con claridad. El desconocido le habla al oído con palabras que la hacen reír, mientras la eleva entre sus brazos y deposita suavemente su cuerpo sobre una cama que desconoce. Y así Celia, embriagada completamente por la intensidad de esa presencia, es consciente de su incapacidad para resistir tamaño deseo y se entrega gustosa, con toda el alma, sin reserva alguna, para hacerle el amor durante una eternidad.

El despertador suena veinte segundos más tarde de que se haya levantado satisfecha,

relajada y plena como hacía tiempo que no se sentía. Prepara el desayuno, la ropa para Ainhoa, la de Beltrán, la suya propia y, sólo cuando todo está dispuesto, decide despertar al resto de la familia.

— ¡Arriba dormilones! ¡Que hay mucho por hacer hoy!

Mientras marido e hija desayunan, Celia aprovecha para darse una ducha que la acaba de poner en funcionamiento. Termina justo a tiempo de vestir a la niña y, a toda prisa, preparar un bocadillo para Beltrán.

— ¡Date prisa, nena! ¡Todos los días igual, joder! Siempre tarde por tu culpa. ¡Será posible! — Sin ganas de escucharlo ni hacerle mucho caso, Celia no contesta porque, como decía su madre, al fin y al cabo, donde la ignorancia habla demasiado la inteligencia calla por completo. Cuanto antes se marchen mejor.

Beltrán sale de casa a toda prisa sabiendo que tiene el tiempo más que justo para llevar a su hija al colegio y llegar a tiempo de fichar en el banco. Se despide con un simple adiós, que no tiene a bien acompañar con la mirada, y cierra la puerta tras de sí. Otro indicativo de que las cosas no van bien: el hecho de verlos salir y cómo la puerta se interpone entre ellos, provoca en Celia un suspiro hondo, de alivio, de libertad y de descanso, que ella sabe no presagia nada bueno para su relación.

Ahora, sentada en la mesa de la cocina, viendo crecer el charquito de agua frente a sus ojos, sabe que no está sola y que, sea lo que sea lo que la acompaña, no supone una amenaza. Sólo siente no ser capaz de entender con claridad lo que le está pasando, porque nada la haría hoy más feliz que saber el origen de la sensación que la inunda y le confirma que está protegida y a salvo.

— ¿Elías? ¿Eres tú, Elías? — Dice mirando al extremo opuesto de la mesa, dibujando en su rostro un gesto que airea la ilusión de recibir del vacío una respuesta — ¡Por favor, necesito saber que eres tú y que estás ahí!

Pero nada pasa, no hay indicio alguno de respuesta. Celia alarga la mano para mojar la punta de sus dedos en el líquido sobre el mantel de flores. Despacio, muy despacio, como si supiera que algo va a pasar, acerca la yema de dos de sus dedos a la pequeña mancha que brota no sabe bien de dónde y la roza levemente, con mucho cuidado. Efectivamente parece agua y aunque está fría, helada, inmediatamente siente como un cosquilleo, que rápidamente se convierte en cálido, le recorre la mano y sube por su brazo hasta llenarla por completo. No encontraría mejor manera de describir esa vibración que la sacia que como una increíble sensación de paz y amor, un destello luminoso que alcanza su alma y la transporta a un nirvana de ingravidez donde no existe el tiempo ni el espacio, ni Beltrán ni Ainhoa, ni el puñetero hotel, ni carga ni ancla que la retenga. Y flota sin rumbo, sin destino alguno, envuelta en un universo radiante cuyo abrazo es cada vez más y más confortable, un cosmos de placer cuya intensidad se incrementa constantemente provocándole una sucesión de orgasmos de una violencia que parece tender al infinito hasta que, de repente, derrumbándose sobre la tostada y la taza de café, pierde por completo la consciencia, superada totalmente por la inmensidad de un éxtasis que la lleva al convencimiento de estar ante la prueba definitiva de que el paraíso existe.

Y es así, en la dicha más completa, cuando vuelve a verlo. Está justo a su lado. Ahora sí lo reconoce. Durante un largo tiempo la mira sin tocarla con una sonrisa inmensamente tierna, hasta que, tomando su rostro entre las manos, él decide hablar.

CAPÍTULO 2

Lo cierto es que no tiene planes para esa tarde de sábado. Cuando recibe la llamada de Beltrán, Elías acepta casi sin dudar. A pesar de que los aires de guaperas de su amigo, su pretenciosa manera de tratar a la gente, arrogándose un papel superior por la simple posesión de un físico privilegiado y la banalidad que rezuma su conversación le resultan desagradables, Elías sabe que en el fondo no es mal chaval y que su manera de ser trata de enmascarar algún tipo de complejo de cuya naturaleza no acaba de estar seguro. Mejor salir con Beltrán que quedarse en casa lamentándose porque ella lo ha dejado. Al fin y al cabo, un café y unas copas no pueden sino hacerle sentir que, pese a que su mundo hace poco que se ha vuelto del revés, sigue vivo y a sus veinticinco años aún le queda mucho por descubrir. Sí, es buena idea.

— He quedado con una amiga a la que hace tiempo que no veo. No te importa, ¿no? — es lo primero que dice Beltrán nada más subir Elías al coche — ¡Ya verás qué buena está! Me ha tirado los tejos montones de veces, pero hago como que paso de ella y la tengo comiendo de mi mano. A lo mejor algún día...

— Pero hombre, ¿cómo eres tan gilipollas? — no puede resistirse a cantarle las cuarenta, tal vez porque no está de humor o porque son demasiadas las veces que lo ha visto y oído comportarse con la gente así —. Si no te gusta, pasa de ella y ya está, pero no andes jodiendo a las personas de esa manera. No está bien, es que no te das cuenta.

— ¡Que no, hombre! ¡Que no! Si es que creo que le gusta este rollo que nos traemos. Es como una tensión sexual no resuelta en la que nos encontramos muy a gusto los dos. Ya verás, la verdad es que es un encanto.

Mientras su amigo conduce, Elías es consciente de la cantidad de gente joven que mantiene en movimiento esa parte de la ciudad. Por alguna razón el centro vuelve a estar de moda, si no es menos cierto que eso es algo que va variando por temporadas dependiendo de que tal o cual garito sea lo que se lleva. Decenas de tipos vestidos de sábado por la tarde y de chicas dispuestas a ser la más guapa del día, entran y salen de bares y cafeterías. Hay que reconocer que el listón está bastante alto por aquí, pues es frecuente encontrar bellezones que en otros lares abundan bastante menos. En esos pensamientos anda Elías mientras Beltrán divaga relatando una de sus egocéntricas teorías sobre cómo tratar a las mujeres, cuando éste, de repente, cambia bruscamente el tema de su cháchara insustancial.

— ¡Mira, por allí va! Es que llegamos tarde, se marcha ya — dice señalando hacia el viaducto que les queda a la izquierda —. Había quedado con ella a las seis y son y veinticinco. Qué te parece la tía, ¿eh? ¡No me digas que no está bien!

Pero Elías ya no lo oye. La ha visto incluso antes de que la señalara su amigo, todo a su alrededor se ha sumido en una espesa niebla iluminada en blanco, no existen edificios, ni gente, ni coches, ni cosa alguna que no sea la figura que camina elegantemente por la acera del viaducto en dirección opuesta a ellos. Una mujer pulcramente vestida con un traje de cuadros que ajusta a la perfección sobre su silueta, elevada por unos zapatos negros de tacón, convierte el puente en un espectáculo, dignificando su condición de mera herramienta para ir de un lado a otro de la estación de tren que tiene debajo y convirtiéndolo en el camino de baldosas amarillas en el que Elías acaba de encontrar el equilibrio entre su corazón, su mente, su fuerza y su propósito de vida. Sólo puede verla de espaldas porque la mujer no se ha percatado aún de que están ahí. Cuando Beltrán

hace sonar el claxon para llamar su atención, ella se vuelve hacia el sonido y levanta una mano a modo de saludo, gira sobre sus pasos y se dirige hacia ellos. Elías cree que está a punto de morir mientras observa, casi detenido el tiempo, cada movimiento que la acerca al coche. Una larga melena castaña enmarca un rostro con el que sabe que soñará a partir de ese día. Y en el rostro una sonrisa de dientes perfectos que decora la mirada de unos ojos oscuros que son ya dueños de su corazón. Un ser verdaderamente hermoso, de esos que parecen haber sido creados para definir la belleza, para dar sentido a la propia creación del universo.

— ¡Hombre, ya te vale! Pensaba que me habías dado plantón. Me has encontrado de pura suerte porque ya me iba —dice aquel ángel, en un tono de enfado que descalifica la amplia sonrisa que dirige a Beltrán a través de la ventana del coche.

— ¡Y a dónde ibas a ir tú! —Contesta el tipo que tiene a su lado, impresentable, zafio zoquete pretencioso— Además, tampoco llego tan tarde. He tenido que recoger a un amigo. Bueno, ¿subes o qué? —Elías no alcanza a entender cómo es posible que, ante semejante criatura, ladre Beltrán con ese tono de desprecio cuando a él sólo le pide el cuerpo adorarla como la diosa que es.

— ¡Hola, soy Celia! —dice ella entrando al coche y dirigiéndose a Elías— Ahora te doy dos besos, cuando nos bajemos, no vaya a ser que el señorito se impacienta y nos deje aquí tirados —por alguna razón, sabe que es posible que lo que dice ya le haya sucedido alguna vez con el rarito de Beltrán y reza porque vuelva a hacerlo hoy, ahora, aquí, ya. Pero no pasa.

— ¿Celia? De celiaca, supongo —tan imbécil se le antoja su propio intento de broma, a falta de un recurso más imaginativo para iniciar la conversación, que acaba la frase casi

en un susurro.

— ¡Vaya, hombre! Otro gracioso, ¿no? Pues no, no... Celia de Celia a secas —con todo el cuerpo girado hacia atrás por verla entera, las palabras que ella pronuncia se desvanecen en el brillo de sus ojos y Elías, fulminado por aquella extraña, se consume en un impulso irrefrenable, que apenas puede domar, por abandonar su asiento y acompañarla detrás—. ¿Y tú, eres...?

— Elías, Elías... perdóname, había olvidado presentarme. Y perdona la tontería, solo pretendía caerte bien, pero es que a veces soy muy torpe. El retraso, es culpa mía. Beltrán ha tenido que recogerme y lo cierto es que he tardado un poco en estar listo.

— Tranquilo, no pasa nada. Ya estoy acostumbrada a que éste llegue tarde — dice señalando con un gesto de la cabeza hacia el conductor —, pero es que hoy os habéis pasado. No me hace demasiada gracia estar sola en una esquina, esperando, menos aún con las cosas que están pasando últimamente. Es que ya es prácticamente de noche.

— Lo dices por lo de las chicas esas que han desaparecido, ¿no? —interviene Beltrán, sin dejar de mirar al frente— serás tonta, ¿qué pasa, que te van a secuestrar a ti? ¡Anda ya!

Cuatro mujeres, muy jóvenes todas, desaparecidas en menos de un mes, en un radio de doscientos kilómetros. Un círculo de terror que tiene a la ciudad por centro. Nadie sabe nada, nadie ha oído nada, sólo quedan los lamentos de las familias, las ruedas de prensa de los responsables policiales y políticos, que dan palos de ciego proponiendo teorías vacías de sentido, el revuelo mediático de telediarios y periódicos y el miedo, mucho miedo, que ha cundido entre la población.

— En serio, Beltrán, estoy muy asustada. Es para estarlo. No entiendo lo que hace la policía. ¡Es todo tan extraño! Mis padres dicen que...

— ¡Bueno, venga, va...! Vamos a tomar algo al Colors, ¿vale? —sin querer abundar en el tema, Beltrán cambia de tercio la conversación con una sonrisa que, reflejándose en el retrovisor, pretende alcanzar a la chica— Seguro que no habéis estado nunca. Pero tranquilos, soy amigo del dueño y entramos a la zona vip, fijo. Hoy hay, además, actuación en directo. ¡Os va a encantar!

Colors es el local al que todo el mundo quiere entrar, aunque, por supuesto, solo entran unos pocos elegidos. Propiedad de una familia de hosteleros de los de toda la vida, el personal ejecuta a la perfección las órdenes recibidas para convertir la sala en la referencia de lo más selecto de la ciudad, de tal modo que, después de unos meses abierto, prácticamente se ha convertido en un club donde siempre se divierten las mismas personas. Una familia, como le gusta decir a Paco Buendía, el mayor de los hermanos y el director del Grupo Buendía. Paco, que es un hombre peculiar, de gustos exquisitos e impecable en el vestir, derrocha carácter, empaque y sonrisas perfectas mientras pasea su palmito de niño rico entre las guapísimas invitadas que acoge Colors esa tarde. Dos chicas pelirrojas, elevadas por unos tacones de infarto sobre los que, tan escasas las faldas, se refleja su ropa interior, lo acosan al ritmo de *Sorry* de *Madonna* en una esquina apartada del local como si no existiera en el mundo más hombre, cuando, sin que medie palabra alguna, un gesto de Paco, que no llega a ser ni siquiera una disculpa, las deja allí mismo plantadas contemplando como se aleja de ellas hacia un punto de la sala que no podrían determinar.

— ¡Coño, Beltrán! Ya creía que no ibas a venir hoy —es lo primero que sale de su boca,

elevando la voz sobre la música, cuando llega por detrás y sin que el aludido se percate al tiempo que aprieta con fuerza su hombro derecho— ¡Anda, si has venido acompañado! ¿No me vas a presentar, maleducado?

— ¡Joder, Paco! ¡Qué susto me has dado! No te esperaba —responde Beltrán con un tono y un volumen que, a las claras, canta claramente a sumisión. Lo conoce y sabe que su forma de mirar a Celia puede ser un problema. De la forma en que le sonrío, definitivamente, lo es —. Pues sí, cómo no me iba a pasar a verte, hombre. Mira estos son mis amigos, Elías y Celia.

— ¿Elías y Celia? Dos nombres poco frecuentes, ¿verdad? O me lo parece a mí, vamos —dice, señalando a ambos alternativamente con un dedo, en un gesto que pretende ser amigable sin conseguirlo del todo. Ambos lo miran con cierta extrañeza, tal vez por la entrada que ha hecho o, quizá, por la forma en que los aires de superioridad habituales han desaparecido de repente en el amigo común—. Hola, soy Paco Buendía, el director de este sitio. Bienvenidos a vuestra casa, los amigos de Beltrán son amigos míos también —remata la presentación besando a ambos en la mejilla. Elías, que no acostumbra semejantes familiaridades, sonrío de mala gana cuando se ve obligado a retirar la mano, que ofrecía como saludo, ante la efusividad del anfitrión.

Una conversación banal, una invitación a recoger una copa en la barra que Paco acompaña con una señal a una de las camareras y, en menos de tres minutos, consigue quedarse a solas con Beltrán, enviando por las bebidas a sus amigos.

— ¿Eres imbécil o qué? Lo último que tenías que estar haciendo hoy es salir de fiesta con tus amigotes, idiota —escupe el empresario mientras acerca la cara amenazadoramente a la de su interlocutor—.

— ¡Tranquilízate, ¡Paco, hombre! ¡Tranquilo! No pasa nada. Está todo controlado, tengo tiempo hasta las diez. No pienso estar aquí más de una hora —dice Beltrán, esbozando la mejor de sus sonrisas nerviosas para intentar un rápido cambio de tema, cosa que, esta tarde, va camino de convertirse en su especialidad—. No me digas que no te has fijado en mi amiga. Está buenísima ¿a que sí?

— ¡No me varíes el tercio, Beltrán! Estate a lo tuyo y no descontroles, que te puede costar caro, ¿estamos? —el hielo de su mirada se clava en los ojos del otro con tanta fuerza que éste termina por retirar la mirada justo cuando Paco comienza a lucir la sonrisa de lobo hambriento que tan bien conocen sus enemigos— Pero venga, vamos... tómate una copa antes de irte. ¡Ah! Y olvídate de tu amiguita, es demasiada tía para un mierda como tú. Déjamela a mí. Me la voy a comer entera, Pablito. Enterita.

Lívido como un cadáver, no se atreve a contestar sino con un gesto ridículo que pretende hacer ver que no tiene problema en dejar vía libre a la pretensión de Buendía. Por toda reacción apenas si se atreve a replegar velas y retirarse lo más deprisa que puede para refugiarse en el baño mientras murmura entre dientes lo hijo de puta que es su jefe. Toda esta situación no ha pasado desapercibida para Elías y Celia que, desde la barra, no han perdido detalle de lo agresivo de los gestos entre ambos.

— Pero, ¿tú has visto eso? —Celia, con el asombro deformándole el rostro, observa cómo se aleja Beltrán y, por alguna razón, intuye que entre aquellos dos hay algo que no marcha del todo bien —No sé, es que no reconozco a Beltrán. El tipo ese lo ha puesto firme en medio minuto. Seguro que le debe dinero o algo por el estilo. No me extrañaría porque, de un tiempo a esta parte, maneja bastante pasta.

— Bueno, no sé... entre la gente pasan cosas. No tiene por qué ser nada malo, tal vez un

atranque entre amigos. No te preocupes, mujer —Elías, completamente subyugado por la belleza que lo acompaña, no desea ni quiere sino centrarse completamente en ella—
¡Éste es un golfo! En seguida está aquí de vuelta. Ya verás.

— Puede que tengas razón. Me preocupo demasiado por todo. Y, bueno... dime ¿cómo es que no nos conocemos tú y yo? Porque eres de aquí, ¿no?

— Sí, sí. Nací aquí, pero llevo fuera bastantes años. He acabado los estudios en Zúrich, este mismo año. Soy ingeniero. La verdad es que, desde que empecé la carrera, solo he vuelto en cinco o seis ocasiones y ahora estoy en plena fase de readaptación a la cosa local. Beltrán y yo nos conocemos desde niños. ¿De qué lo conoces tú?

— Pues, la verdad es que es primo lejano de mi novio.

— ¡Ah, tienes novio! —desilusión no es la palabra correcta para describir el cambio que se produce en su rostro al escucharla, se queda demasiado corta.

— Bueno, no... quiero decir, ya no. Íbamos a casarnos y el muy cabrón dejó embarazada a otra chica dos meses antes de la boda. Pero, vamos... estoy bien —algo en su manera de sonreír delata que no es del todo cierto—. De eso hace ya más de seis meses y creo que lo tengo superado. O casi. Beltrán me cayó bien desde que lo conocí, aunque, tú lo sabrás, es un tipo demasiado peculiar. No sé, hay algo en él que me resulta inquietante. Es como si se reservara una parte de su forma de ser. Mira, por ahí viene.

Abriéndose camino entre la cada vez más nutrida clientela del local, Beltrán se acerca hacia los dos amigos con gesto serio y con un aire de gravedad que hace que la gente se aparte instantáneamente para no cortarle el paso.

— Tengo que irme chicos —Celia hace ademán de comenzar a hablar sin conseguirlo—

¡No, no te preocupes! No os preocupéis, vosotros quedaros y disfrutad del ambiente. La banda empezará a tocar pronto. Lo pasaréis bien.

— Pero, ¿es que pasa algo malo, Beltrán? —dice Elías, ahora sí, preocupado— ¿A qué vienen tantas prisas?

— ¡No, en serio! Es que Paco me ha recordado que tenía que encontrarme con unos socios suyos que tienen un trabajo para mí. Es que tengo una cabeza, ¡pues no que se me había olvidado totalmente! —Sus ojos desmienten la expresión divertida que pretende.

Apenas dos besos y un «*nos vemos*» después, mientras observan cómo Beltrán se pierde hacia la calle, Elías y Celia asumen que su amigo los abandona y, entre copas, retoman animadamente la charla. Ya en el coche de nuevo, como si hubiera estado esperando ansiosamente a llegar hasta él para hacerlo, Beltrán marca apresuradamente en su teléfono móvil.

— ¿Está todo listo? —Una voz contesta al otro lado para decir que aún es pronto— ¡Joder, no me digas que hora es! ¡Ya lo sé! ¿Estáis preparados o no? Bueno, mira, déjalo. Estoy allí en veinte minutos. ¡Pero que mierdas sois! — Termina la llamada, maldiciendo entre dientes y sin permitir, harto de excusas, que su interlocutor terminara de contarle algo que parecía urgente.

A unos cuarenta kilómetros de la ciudad hay un pequeño pueblo, de casas blancas y calles empinadas, conocido por alojar en su término municipal una inmensa planta de tratamiento de residuos a la que alguien, con poca vista o muy mala leche, llamó “Buenos Aires”. En las afueras de la villa se encuentra «El Albero», el cortijo de la familia

Buendía, una extensa propiedad de la que se obtienen sustanciosos beneficios, no tanto por los productos que produce la tierra sino por haber sido estos escogidos y sembrados a la luz del mayor interés que ofrecen las ayudas de la Unión Europea. Beltrán abre una verja secundaria que responde al mando a distancia que tiene en el coche y recorre un camino de la finca que hace tiempo dejó de usarse y que lleva directamente hasta el río. Detiene su coche junto a una antigua caseta de bombeo, ya en desuso, y entra en ella. En el suelo hay un panel de chapa con aspecto de ser bastante pesado pero que, en realidad, se abre de forma automatizada respondiendo al mismo mando a distancia de la verja, mostrando unas escaleras por las que Beltrán desciende con total seguridad. Suena música al final del pasillo perfectamente iluminado que lleva hasta una puerta de hierro, que se abre en respuesta a una combinación numérica tecleada en un panel que tiene justo al lado. *Love hunter*, de *Whitesnake*, a todo volumen, inunda la estancia. Dos tipos de estampa amenazante, que comparten una botella de whisky barato, miran una película porno en un televisor ridículamente antiguo, tumbados en un mugriento sofá y con los pies sobre una mesa baja de madera. Al percatarse de la presencia de Beltrán, ambos se ponen de pie de un salto, pero no tienen tiempo de decir ni una sola palabra.

— ¡A ver, imbéciles...! Si os pregunto si estáis listos, ¡joder, lo que quiero oír es que sí!

—el más alto de los dos tipos bracea sin defenderse mientras una mano poderosa agarra su tráquea como si tuviera intención de arrancarla de aquella sucia garganta

— ¡Beltrán, tranquilo! ¡Tranquilízate jefe! Ya está todo preparado. Lo hemos hecho en un momento— intenta justificarse el otro tipo, previendo que el siguiente puede ser él. Por alguna razón, sus palabras parecen calmar a Beltrán que, de mala gana, termina por liberar a su presa y, cambiando a un tono más relajado, pregunta.

— ¿Llevasteis el paquete?

— Claro, jefe —responde el que había hablado—. Pero lo han rechazado. Intenté decírtelo por teléfono. Dicen que no les sirve y que necesitan que sea repuesto inmediatamente.

—¿Qué no les sirve? Joder, pero estos tíos ¿qué cojones quieren? ¡Si es exactamente lo que siempre piden! —con rostro realmente preocupado, Beltrán sabe que nada que pudiera decir serviría para hacer cambiar de opinión a su cliente, así que, resignado, alarga la mano y toma una llave de una caja, anclada a la pared, que guarda varias decenas— Está bien. Sabéis lo que significa eso, ¿no? Como esta no sirve, volvemos a necesitar tres nenas antes del viernes. Bueno, el mismo viernes tenemos previstas dos de ellas así que, en realidad, solo necesitamos reponer la que acabamos de perder. ¡Joder! No hay nada que me dé más por el culo que trabajar a lo tonto.

Sin decir nada más, Beltrán sale de la habitación por una puerta lateral que da acceso a una empinada escalera metálica que termina en un pequeño espacio solo habitado por otra puerta metálica asegurada por un cerrojo enorme trabado con un candado. Antes de abrir, se detiene a escuchar sin distinguir sonido alguno y, suspirando, libera el cierre para adentrarse en la oscuridad que lo inunda todo. Unos pasos más adelante, un interruptor da vida dificultosamente a una lámpara fluorescente que cuelga del techo. Es un espacio pequeño, de apenas tres metros de ancho y cuatro de largo, fabricado por completo en hormigón. Beltrán echa un vistazo al lugar y reprime una arcada al percibir el nauseabundo olor, mezcla de excrementos y comida en putrefacción.

— ¡Joder, que guarrería! —exclama— No me extraña que prefieras estar a oscuras. ¡Hay que ser cerda!

En una esquina, recogida sobre sí misma como si quisiera desaparecer, una mujer que apenas ha dejado de ser niña, desnuda y con el cuerpo señalado de golpes y cortes, se tapa la cara agredida por la luz que lo inunda todo. Aunque intenta hablar, de su garganta solo fluye un gruñido irreconocible que pretende ser palabra sin conseguirlo. Es evidente que está bajo la influencia de alguna droga que la mantiene apenas consciente.

— Con lo guapísima que eres... es una lástima que no te hayan valorado lo suficiente — susurra Beltrán, agachado junto a la cara de la chica, primero manoseando con suavidad sus pequeños pechos y advirtiéndole la posible causa de que haya sido devuelta, después, al apartar delicadamente el brazo con que se protegía del fluorescente. Continúa hablando, sosteniendo por la barbilla la cara de la muchacha, envuelta en lágrimas mudas —. Estás demasiado sucia y veo que los chicos se han divertido contigo. Después de todo, por más que esto te haya podido parecer el infierno, no sabes de la que te has librado, cariño. No, no... te aseguro que no lo sabes.

Y, con absoluta calma, poniéndose en pie frente a ella, saca de la parte trasera del pantalón un revolver y, sin inmutarse lo más mínimo, soluciona el problema con dos disparos en la cara de la chica.

— Nos vamos en media hora. Tenéis trabajo —dice de vuelta a la sala, dirigiéndose a los dos tipos y señalando la escalera que lleva al nivel inferior—. Deshaceros del paquete de la forma habitual y daros prisa. ¡Qué mierda de trabajo, coño!

CAPÍTULO 3

La inmensa potencia de la luz, que un segundo antes lo cegaba todo, disminuye de repente hasta diluirse en el paisaje de un atardecer de primavera. Por un instante o una eternidad, nunca lo sabrá, los ojos de Celia se pierden sorprendidos en el rostro de Elías que, a menos de medio metro, la mira fijamente con una sonrisa como ella jamás hubiera imaginado que pudiera existir. No es solo la ternura que desprende su rostro entero, es algo más... un mensaje que llega directo a su alma y le asegura que es ese, exactamente, el lugar y el momento donde debe estar. Poco a poco, la respiración tranquila y los cabellos mecidos por una brisa templada, mientras frente a ella permanece completamente inmóvil Elías, comienzan a despertar sus sentidos y traen hasta Celia la consciencia de una vibración que, con el transcurrir de los segundos, se deja acompañar de un sonido que le resulta familiar. Sí, no hay duda, es el traqueteo de un tren a baja velocidad. Murmullo de gente que circula junto a ellos sin reparar en su presencia, el rodar de los coches que transitan la calzada, el murmullo del río cercano, sonidos de vida que hacen más irreal el momento porque quien tiene delante lleva muerto muchos años. Repleta de una sensación de bienestar profundo, Celia apenas parpadea cuando Elías, dando un paso hacia ella, acoge entre las manos su rostro y lentamente difumina todos los rasgos de su cuerpo, transformado en ese instante en una figura que refleja la imagen de la mujer, con la nitidez del más fiel espejo, para dirigirse a ella con una sola palabra.

— Mírate —es el sonido que escapa como un silbido de aquel cristal.

Y ella lo hace. Ni siquiera se siente sorprendida, ni por un momento asustada. Antes, al contrario, una risa casi divertida es la única reacción de la que es capaz. Allí, ante tan irreal escaparate, puede verse a sí misma. Por su mente cruza como un relámpago la idea de que esa chica tan joven, que la mira con descaro enfundada en un entallado vestido de cuadros, es la auténtica Celia, aquella que un día, muy lejano ya en el tiempo, conoció a Elías en ese mismo lugar. Una mujer en plenitud física y mental, con toda la vida por delante, castigada por los hombres, pero ansiosa por encontrar el verdadero amor. Con futuro, sin pesados posos del pasado, libre.

— No sé cómo es posible todo esto, pero me gusta —termina por decir, al tiempo que él, con la misma lentitud que lo perdió, recupera su aspecto y vuelve a ser el que siempre fue, el que ha permanecido vivo en los recuerdos de Celia, el mismo chico recién llegado a la ciudad que un día conociera—. Si se trata de un sueño no me despiertes todavía, por favor. Tengo tantas cosas que decirte, tanto por preguntar...

—Me alegro de volver a verte —contesta Elías, con los ojos y los labios a un tiempo—. Me alegro tanto, mi amor.

Celia, que permanece absorta en él, lo rodea con los brazos por la cintura y deja caer sobre su pecho la cabeza, en un gesto que tiene tanto de contenida ansiedad por retenerlo para siempre como de argucia para ocultar las lágrimas de felicidad que huyen de ella sin permiso. De alguna manera, el hecho de abrazarlo, sitúa los acontecimientos en un plano de realidad que, por primera vez, se hace tangible como tal. Todo a su alrededor suena, huele y aparenta la más absoluta normalidad. Una tarde cualquiera de su propia vida que, por arte de magia, vuelve a vivir como si el tiempo y el espacio hubieran perdido por completo el sentido. Un universo paralelo en el que ambos

vuelven a ser los jóvenes que un día fueron, como si cualquier cosa acontecida después de aquel instante estuviera por suceder y, a la vez, hubiera ocurrido ya. Celia, refugiada en el calor del cuerpo de Elías, recuerda perfectamente quién es, su vida, su familia, su trabajo, todo, por más que en este momento ansía por encima de cualquier cosa tener la potestad de renunciar y, sea lo que sea lo que está viviendo, permanecer ahí, perdida en esos brazos, definitivamente rendida a la oferta de un nuevo comienzo.

— Eres tan hermosa —la voz la obliga a levantar la mirada hacia los ojos del hombre que siempre amó y, al encontrarlos, algo la impulsa a besarlos tal y como habría hecho el día siguiente al último que lo supo vivo. Se recrea en la suavidad de aquellos labios que siempre fueron de su mente y de su boca, sin separarse de su pecho y perdida en un laberinto de sensaciones nuevas, imposibles de explicar en el mundo que conoce. Ha bastado rozar su boca para sentir, como si pudiera ser real, un torrente de agua que recorre su cuerpo gritando con el furor de una catarata e inundándola hasta el último rincón recubierto por su piel. Agua limpia y pura, muy fría, que revitaliza su alma agudizando los sentidos y que deja de fluir a su través en el mismo momento en que Elías da por terminado el beso, retirándose delicadamente para volver a mirarla.

— No te asustes, Celia, por favor. Aún no estoy preparado para explicarte todo esto. No, no lo estoy —la forma en que la mira ahora hace evidente que las palabras que pronuncia son el prelude de una declaración perfectamente seria—. Necesito de ti que mantengas la calma y confíes plenamente en mí. ¿Podrás hacerlo?

— ¿Me estás pidiendo que confíe ciegamente en ti? ¿En la aparición o el espectro o la materialización... o lo que seas tú? Pues claro, hombre. ¡Qué otra cosa podría hacer! — responde ella, súbitamente asaltada por la duda de estar soñando o, simplemente,

haber enloquecido de repente.

— Tranquila, cariño, tranquila. Te he pedido que no te asustes ¿recuerdas? Te prometo que entenderás cuanto sucede... a su debido tiempo —mientras con un brazo la estrecha contra él, acaricia su pelo con la mano que le queda libre y ese gesto es suficiente para que Celia vuelva a sentirse confiada y segura—. Sé que necesitas respuestas. Las tendrás. Algunas en breve, otras deberás descubrirlas por ti misma porque me está vetado dártelas.

— Está bien, está bien... pero no me dejes, no me dejes —implora desde lo más profundo de su ser—. ¿Tienes idea del calvario que pasé? ¿Puedes comprender el desgarró que sentí cuando recibí aquella maldita llamada? Necesito saber qué pasó, Elías. Nunca he creído que te ahogaras de esa manera, así porque sí. Sin embargo, con el tiempo y la insistencia de todos, llegué a la conclusión de que era lo mejor. Asumir que un fatídico accidente había acabado con tu vida, por las circunstancias que fueran, me pareció la única manera de conservar la cordura. Por Dios, ¡te he echado tanto de menos todo este tiempo! Hace diez años que sobrevivo a duras penas a tu ausencia, resignada a una vida que transito como si fuera la de otra persona, sin horizonte ni ilusión.

— ¿Diez años? — la cara de Elías refleja su desconcierto — Donde estoy no existe el tiempo, tampoco el espacio. No puedo medir sino por latidos de mi corazón, que sigue vivo. Pero sí, han sido muchos hasta que he comprendido las leyes que rigen el estado en que me encuentro y, por fin, he dado con la forma de llegar a ti — Celia no necesita preguntar porque su propia expresión reclama respuestas —. Créeme, no puedo explicarme mejor, solo puedo decir que aquella noche, desvinculado de mi carne y de

mis huesos, descubrí un universo nuevo. Un lugar en el que era uno con la materia, con cada átomo y partícula que lo componía, sin limitaciones de ninguna clase. Y, loco por experimentarlo todo, fui luz de una estrella, roca en la estela de un cometa, flor en la más alta montaña de un planeta desconocido y habité como ballena lo más profundo de un océano rojizo, cambiando caprichosamente de forma al exclusivo dictado de mi voluntad. Comprendí que los secretos insondables que lastraban mi existencia humana eran cosa del pasado y me dediqué a explorar las restricciones que pudiera imponerme mi nueva condición. Descubrí que podía contactar, por el simple hecho de así desearlo, con cualquier habitante de ese plano y me reencontré con las personas importantes que un día lo fueran en mi vida. Entendí las razones de los que me hicieron mal, recibí el perdón de aquellos a los que hice daño y, en cierto modo, pasaron a formar parte de mí, completándome, elevando mi nivel de consciencia, permitiéndome crecer hasta alcanzar la total unidad con el universo que habito — sin dejar por un momento su cálida sonrisa, Elías la toma del brazo y la guía, caminado despacio, hacia uno de los extremos del puente —. Acompáñame mientras te sigo contando.

— ¿Es eso lo que nos espera a todos? No sé qué decir, apenas puedo digerir lo que me cuentas. Tengo tantas preguntas agolpadas en la mente que no acierto a escoger la primera. Pero, entonces, si eres libre de limitaciones ¿por qué ahora? Quiero decir... ¿Por qué no has contactado antes conmigo?

— Lo intenté miles de veces. Cada vez que tenías la sensación de no estar sola, cada vez que no recordabas el lugar donde dejaste las llaves, cuando nació tu hija y al mirarla por primera vez te acordaste de mí, cuando has superado las decepciones que te ha deparado la vida, los súbitos impulsos de optimismo que te han ayudado tantas veces a

conseguir lo más difícil, cada pequeño pliegue de la piel de tu rostro que has descubierto y que te ha arrancado una sonrisa pensando en cuanto nos habríamos reído juntos por lo bien que te sienta el tiempo... En cada uno de esos momentos, en cada pensamiento que te abordó, en cada escalofrío que erizaba tu cuerpo, estaba yo presente, intentando decirte que no tengas miedo, que pase lo que pase en tu vida nunca lo afrontarás sola. Y por encima de todo que, aunque transcurran eones, no existe fuerza, ni de un lado ni del otro, dotada del poder necesario para impedir que te siga amando.

Sin embargo, dominar la materia que te rodea es algo que, desde este mundo mío, está al alcance de muy pocos. Algún día te hablaré de mi guía. Sin ella, sin la sabiduría experta que ha inculcado en mí, no creo que hubiera conseguido el prodigio de tenerte a mi lado en este instante. Sea como haya sido, a pesar de no tener la posibilidad de encarnarme en tu plano de existencia, hay determinadas cosas que he conseguido dominar. Puedo tocarte, besarte, hacerte el amor, controlar pequeños fenómenos como el charquito en la mesa de tu cocina, mostrarme ante ti del modo en que lo estoy haciendo...

— Llévame contigo, Elías — susurra al bode de las lágrimas porque, aun pensando en Ainhoa, no alberga la más mínima duda en la elección —. Después de todo esto no creo que pueda seguir viviendo como si tal cosa.

— No puedo hacer eso, preciosa — se detienen en mitad del paseo hasta el extremo del viaducto y, girándola hacia él, vuelve a abrazarla —. No puedo, pero lo que sí está en mi mano es repetir estos momentos. No será con la frecuencia que deseamos, yo tampoco quiero que te vayas de mi lado, pero nos volveremos a encontrar tan a menudo como sea posible. Te lo prometo.

La hermosa tarde de primavera que enmarca el encuentro, sin aviso previo, parece decidida a abandonarlos pintando de un gris plomizo el cielo. Todos los ruidos que los envolvían han cesado de repente, la gente que transita por el puente lo hace ahora ralentizada como en la repetición de un penalti del partido de la jornada, la brisa ha desaparecido y la sonrisa de Elías se ha congelado en un rictus serio que dirige hacia el final del puente.

— Hay una cosa que necesito de ti, Celia — dice, por fin, con voz serena pero tan segura de la respuesta que no la necesita —. Tienes que saber que mi desgracia no fue accidental y tiene responsables — ella, sin poder emitir sonido alguno, asombrada y estupefacta ante tal afirmación, contempla la expresión de su cara, veteada de tristeza, pero sin el menor atisbo de ira o deseo de venganza.

— Pero... ¿Quién? ¿Por qué...?

— Eso no importa tanto como la sucesión de acontecimientos que me llevaron a este estado y que no puedo confesarte. De todas las reglas que no me está permitido romper hay una especialmente importante: no puedo interferir directamente en la vida de tu mundo, alterar los acontecimientos ni señalar las malas acciones de la gente. Son cosas que no corresponden a los que son como yo. Sin embargo, sí está en mis posibilidades ayudar a las personas que puedan necesitar de mí y tú, mi amor, lo estás pidiendo a gritos. Voy a guiarte hacia la forma de hacer justicia con lo que sucedió hace diez años ya. Porque sé que las respuestas que encuentres te permitirán superar el dolor de aquellos días y porque sé que hay mucha otra gente que necesita esas respuestas tanto como tú — agarrándola por el brazo, Elías levanta el otro para señalar con el dedo —.

Mira.

En el silencio que rodea la escena, suena como un trueno el claxon de un coche.

Detenido al pie del puente, le resulta familiar un vehículo con dos hombres dentro y, sin saber por qué, Celia levanta la mano en un gesto de saludo.

Es Beltrán que vuelve a llegar tarde.

CAPÍTULO 4

De repente es consciente de su cuerpo y comprende que está en casa. Completamente inmóvil, los ojos cerrados, percibe con claridad su propio pulso resonando en las venas del cuello, insistiendo en que está viva. Poco a poco percibe el entorno sin verlo. Aún huele a pan tostado y al café que forma un charco bajo su cara. Sí, definitivamente está en su cocina, recostada sobre la mesa. Pero a pesar de que la tranquiliza saber que se encuentra a salvo, Celia se niega a abrir los ojos y a cambiar de posición. Viene a su mente lo que acaba de ocurrir, la increíble experiencia con Elías parece tan absolutamente irreal, desde este lado de la perspectiva, que solo tiene explicación aceptando haber sufrido algún tipo de ataque enfermizo de gran potencia que la ha hecho delirar hasta vivir un suceso que nace de lo más profundo de sus anhelos. Nada le gustaría más que dar crédito al recuerdo que le queda de esos momentos en el puente junto a Elías, pero, como decía su madre, lo que no puede ser es imposible y además no le pasa a nadie.

Continúa sentada a la mesa y, ahora que está ya erguida, contempla el desaguisado que su repentino desmayo ha causado. El mantel chorrea café, vertiéndolo en el mismo suelo donde cien trozos de cristal recuerdan que una vez fueron un plato, y una solitaria tostada, que ha caído del lado de la mantequilla, le hace preguntarse si el destino de la segunda no habrá sido su propio cuerpo. Sí, efectivamente, tiene un trozo de pan firmemente adherido al pantalón. Será cuestión de arreglar el estropicio, piensa, mientras una sensación de vacío profundo va ganando terreno en su ánimo.

— No, no es posible —habla consigo misma, la mirada fija en el charquito que insiste en

desafiarla al otro lado de la mesa. Aún está ahí, reclamando su atención. La confusión que sentía, las dudas —tal vez solo miedo—, comienzan a difuminarse, como la niebla que deja paso a la luz, hasta llevarla a la conclusión de que no ha sido un sueño, de que nada atribuible a su humanidad ha provocado tal alucinación. Elías estaba allí, a su lado, en el mismo lugar en que se conocieron. Y era real. De alguna paradójica manera, pese a que el reloj de la cocina dice que ha estado ausente menos de cinco minutos, ha pasado toda una tarde junto a él. Con la piel erizada por una mezcla agri dulce de sensaciones, Celia se pone en marcha. Llegará tarde a su turno en el hotel y no hay nada que le desagrade más que tener que dar explicaciones a su jefa —sonríe por un momento imaginando la cara que pondría ella si le contara el verdadero motivo de su retraso. Despedida. Seguro—, y armada con un barreño y una bayeta comienza a limpiar la cocina.

Lo ha intentado, piensa mientras se aplica a la faena, pero no puede obviar el agua sobre el mantel a la que acerca ahora la mano, trapo en ristre. Por un instante duda entre eliminarla o contemplarla un poco más. Allí, sea como sea, se esconde un misterio capaz de desencadenar hechos prodigiosos, con el poder de acercarla a la única persona que ha querido con todos los sentidos y, de repente, siente pánico ante la posibilidad de destruir definitivamente la puerta que le ha traído a Elías. Dejando a un lado el trozo de tela, Celia alarga el brazo para tocar el agua, deteniéndose apenas unos milímetros antes de alcanzarla.

— Por favor, Elías, solo necesito que me confirmes que estás ahí, que de algún modo volveré a poder tocarte —habla sola, en voz alta, alcanzando otra vez la punta de los dedos un líquido del que lo espera todo. Pero el agua, fiel a su condición de inodora, insípida e insabora, se comporta como de ella cabe esperar y se limita a mojar con

timidez su mano, sin más consecuencia aparente. Decepcionada, triste y enojada a la vez, Celia pasa la bayeta por ese lado de la mesa y acaba definitivamente con los restos de líquido, justo en el momento en que oye como la puerta de la casa se abre.

Nunca comprenderá la razón del terror irracional que la invade repentinamente ante un sonido tan familiar. Sea como fuere, tal vez sugestionada por los extraños acontecimientos que está viviendo, se sorprende a sí misma cuando, con absoluta determinación, empuja el recipiente debajo de un mueble y, sin soltar el trapo, se refugia en la oscuridad que le ofrece el hueco que forma con un armario la puerta abierta de la habitación. Apenas respira mientras escucha unos pasos que avanzan confiados, atravesando el pasillo, y se dirigen hacia la mismísima cocina. Desde su escondite, a la espera de entender lo que está pasando, no puede evitar que un escalofrío recorra su espalda cuando vuelve a reparar en el reloj que queda justo al alcance de su vista. Es imposible, lo sabe, pero marca las diez menos cinco, burlándose de ella con el descaro de haberle robado el tiempo de nuevo, setenta minutos más de su vida, sin que tenga la menor idea de cómo ni por qué.

Haciendo un esfuerzo por dominar el pánico, vuelve a percibir la situación tal y como es en ese momento, esperando aterrorizada a conocer la identidad del intruso, hasta que, unos eternos segundos más tarde, Beltrán entra en la cocina caminando en línea recta hacia el frigorífico del que coge una lata de cerveza. Celia no puede evitar pensar, absurdamente, que no son horas para beber alcohol y tampoco decidir que va a permanecer oculta detrás de aquella puerta que le ofrece refugio. Cruza por su mente el pensamiento de que se trata de su marido, que no puede esperar nada malo de él, pero, sin embargo, el hecho de que debiera estar trabajando y de que su actitud sea tan diferente a lo habitual, seguramente porque piensa que está solo en casa, la hacen

permanecer inmóvil a la espera de los acontecimientos.

Beltrán se ha sentado, dándole la espalda y bebiendo a grandes sorbos de la lata hasta terminarla. Arruga el envase, como le gusta hacer, y saca de su bolsillo el teléfono, en el que deja pulsada una tecla —marcación rápida, seguramente. Celia entiende que llama a alguien con quién se comunica con frecuencia— y espera respuesta desde el otro lado del auricular.

— Hola, soy yo —dice a modo de saludo—. ¿Recuerdas que te dije que el tipo que nos presentó tu amigo me daba mala espina? Pues tenía razón. No ha cumplido con el encargo y ha desaparecido. Espero que no le adelantaras nada de pasta... — permanece en silencio mientras suena en el aparato una voz que Celia percibe solo como un nervioso y atropellado murmullo— ¡Qué cabrón! Vaya tío listo. Y tú, un imbécil. La culpa es mía por dejarme convencer... ¡No, no! No me vengas ahora con cuentos, tío. Déjalo estar, vas a conseguir que me cabree contigo y no te conviene... ¡Que no! ¡Que no hagas nada, que ya has hecho bastante mal! Creo que sé dónde puedo encontrarlo... Por supuesto, déjalo de mi cuenta. Estos cabos no pueden quedar nunca sueltos. De esta mañana no pasa. Tranquilo, te llamo cuando esté hecho, pero de todas formas tú y yo vamos a tener una charla. Ya hablaremos, gilipollas.

Beltrán, que vuelve a guardar el teléfono en la chaqueta, solo tiene que cambiar la mano de bolsillo para extraer una pistola de aspecto terrorífico que deposita sobre la mesa de la cocina mientras vuelve a atacar el frigorífico. Un ruido como si removiera hielo precede al inconfundible sonido de la apertura de otra lata de cerveza. Detrás de la puerta, Celia permanece petrificada sumando acontecimientos paranormales a la puñetera mañana, pues no reconoce en aquel tipo al hombre con el que comparte su vida.

— Johnny, ¿dónde andas? — pregunta, volviendo a llamar desde el móvil — Vale, pues sal de ahí cagando leches y vete con los tuyos a buscar al hijoputa del Calaveras. Estará por el puerto, encuéntralo. Pues eso... Sí, sí... cogedlo y llevadlo al local. Pero, oye... de una pieza, eh. Ese cabrón va a saber con quién se ha estado jugando los cuartos. ¡Ah! Una cosa más... cabrá en el congelador, ¿no? Hoy no tenemos tiempo de deshacernos de él... ¡Coño, pues manda a alguien a que le haga sitio! Un día de estos vas a acabar tú ahí dentro, ¡inepto de los huevos! Avísame cuando lo tengáis y no me jodas más.

Jurando y perjurando, Beltrán comprueba el cargador de la pistola y vuelve a guardarla entre la ropa. Un portazo, veinte segundos más tarde, confirma que ha abandonado la casa. Celia, que continúa en estado casi catatónico por cuanto ha escuchado, deja resbalar su espalda sobre el armario hasta acabar sentada en el suelo, empujando con los pies la puerta que la ocultaba.

Demasiadas emociones para gestionarlas fácilmente. Un amor que reaparece diez años después de muerto, un viaje a un mundo tan real como imposible, un marido que se comporta con aires de auténtico mafioso y, para poner la guinda, la certeza de que el tiempo transcurre de manera anómala. Sí, el tiempo... después de todo, piensa, tal vez volver a tocar el pequeño charco de agua sí que ha tenido alguna consecuencia. Tal vez su reacción irracional a un simple ruido tenga que ver con eso, como si, de algún modo, hubiera sido instruida en lo que debía hacer. Sí, tal vez sea eso.

«*Mira*», vuelve a sonar en su cabeza la última palabra que le dirigiera Elías en el puente, apenas hace un rato. Y es entonces cuando recuerda que, al hacerlo, su mirada volvió a cruzarse con la de Beltrán que llegaba en coche a recogerla.

— No sé qué quieres de mí, mi amor, pero por favor no me dejes sola.

CAPÍTULO 5

Hace más de una hora que Beltrán se marchó del Colors dejando solos a Elías y a Celia. Ninguno de los dos tiene ya en mente al amigo ausente porque la conversación, las copas y la música han conseguido acercarlos tanto que, en este momento, se conocen de toda la vida; más aún, es como si por fin se conocieran después de haber malgastado la vida buscándose. En el centro de la pista del local abarrotado, bailan entre sonrisas cómplices, ajenos al gentío y a cualquier cosa que no sean los ojos del otro. Elías, que comenzó la tarde afectado por una rotura sentimental reciente, la contempla por momentos más agradecido a su suerte, pues la diosa que se mueve delante de él, solo para él, lo mantiene completamente subyugado. Saberse el único destino de aquella mirada le resulta poco menos que increíble, porque ni en sus mejores sueños se habría considerado digno de semejante belleza. Apenas una tarde juntos y ya existe entre ellos un vínculo intangible que ambos detectan y aceptan como natural.

— Eres realmente preciosa, Celia —como si no hubiera otra salida a la presión que siente en su interior, Elías se acerca a su pareja de baile y, rodeándola por la cintura, le habla al oído desafiando el volumen de la música—. No recuerdo haber visto nunca una mujer que brille como lo haces tú. Me tienes deslumbrado por completo. Y lo sabes, ¿no?

La respuesta de Celia, confortablemente instalada entre sus brazos, comienza por separar ligeramente su rostro para poder mirarlo de frente. Es entonces cuando, con un movimiento suave de sus manos, enredadas en el cabello de Elías, y sin perder de vista sus ojos, lo atrae hacia sus labios para besarlos muy despacio, recreándose en el contacto como si no quisiera que tuviera fin. Siente como las manos pierden el asidero de sus

caderas y resbalan para acariciar el final de su espalda, provocándole un escalofrío de placer que impele con más fuerza las ansias de Celia por fundirse en aquella boca que la enloquece. La más absoluta desinhibición se apodera de ellos allí mismo, en el centro de la pista de baile, rodeados de extraños que se mueven al son de una música que ellos ya no escuchan. Extraños que no les prestan la menor atención incluso cuando las caricias se hacen más y más audaces. Celia, incrustada en el cuerpo de Elías, puede percibir en su vientre la excitación de su pareja y sucumbiendo a la petición que hay en ella, enfebrecida por el deseo, introduce una mano entre ambos y, sorteando la tela del pantalón, alcanza la carne que la desafía para acariciarla, arriba y abajo, sin pudor y sin dejar de recordarle a la lengua que mima entre sus labios que lo que está ocurriendo es solo una promesa de lo que queda por llegar. Una promesa que Elías parece haber entendido como tal y que, sin embargo, no está dispuesto a esperar ni un segundo más. Apretados entre la masa de bailones, el vestido de cuadros cede por la falda, dejando espacio, gustoso, a los dedos del atacante, que no pierden un segundo en recorrer, con una delicadeza impropia de la agonía que los abrasa, cada rincón oculto entre las ingles de Celia. Y así, unidos por el sabor de sus bocas, abandonados al frenesí de su propio atrevimiento, terminan por aliviar el irrefrenable impulso de fundirse con el otro, de devorarse como animales inmunes a la presencia de la manada que los rodea, de amarse como nunca lo habían hecho con nadie. Sin importar nada ni nadie, como si, de algún modo, encontrarse al fin los autorizara para abandonar este mundo y recluirse en otro habitado solo por los dos.

Continúan abrazados, dejándose acompañar por *Shirley Bassey* y su "*History repeating*", momentáneamente saciados sus impulsos, cuando, sin posibilidad de preverlo, aparecen de la nada dos gorilas que agarran por debajo de los brazos a Elías y lo sacan

en volandas de la pista, abriéndose paso entre el gentío como un cuchillo entre la mantequilla, hasta un rincón de la sala y una puerta que se abre para hacerlos desaparecer como si nunca hubieran existido. Mientras cruza volando el local en brazos de aquellos dos tipos, Elías se desgañita gritando entre los graves de la música el nombre de Celia y solo siente, cuando escucha cerrarse la puerta detrás de él, no saber que ha sido de ella en ese preciso instante. Tampoco tiene demasiado tiempo para hacer preguntas porque un descomunal puñetazo en el estómago prende el aire en sus pulmones y este, convertido súbitamente en enemigo, amenaza con quemar su cuerpo desde dentro.

— Pero ¿qué te has creído? ¡Tío cerdo! —le escupe a un palmo de la cara el rostro amenazante de uno de los tipejos— Las cerdadas son para tu puta casa, chaval. En este local no consentimos esas cosas —por lo general no hay una sin dos, así que un segundo puñetazo en el mismo sitio lo tumba definitivamente en el suelo, plenamente consciente de que es mejor no decir una sola palabra—. Te vas a quedar aquí mientras llega la policía y te denunciemos por alterar el orden público o por lo que se te pueda denunciar. ¡Tío listo!

Sin tiempo a reaccionar, Celia ha visto como Elías salía catapultado de su lado a lomos de aquellas bestias, perdiéndose entre la gente. Un segundo más tarde, cuando intenta seguirlos, Paco Buendía se cruza en su camino, tomándola por los hombros.

— Tranquila, princesa, tranquila. Lo tenemos grabado todo. No te preocupes, ese cabrón se va a arrepentir de haberte forzado —la sonrisa de lobo hambriento, aunque ella no lo sepa, habitual en Paco cuando sus intenciones no son buenas, le hiela la sangre— Acompáñame por aquí, por favor —dice, tirando de su brazo en dirección a una zona con sillones.

— Pero, pero... ¿de qué estás hablando? ¿Forzado? ¡Suéltame, cabrón! ¡Deja en paz a Elías! Aquí nadie ha forzado a nadie, ¡te enteras! ¡Exijo verlo ahora mismo porque si no...!

— ¡Para, para... para fiera! No te pongas así, mujer. Este no es sitio para hacer guarradas. Cuando me han avisado, he supuesto que ese tipo intentaba propasarse contigo. Por alguna razón no te imaginaba tan audaz como para consentir esas cosas, pero está visto que me equivoqué —prácticamente la ha empujado sobre uno de los asientos y se ha acomodado junto a ella, tan cerca que su empalagoso perfume se pega en Celia, invitándola a una profunda arcada— Perdóname si he interpretado mal la situación.

— No mal, sino muy mal. Por favor, llévame con él o déjalo que venga a por mí y nos marcharemos inmediatamente.

— Claro, claro... no te preocupes. Enseguida. De todas formas, Celia —con el mayor descaro, Paco toma las manos de ella entre las suyas—, ese tipo es un don nadie. Lo sabes, ¿verdad? Mira, te propongo una cosa: olvídate del chaval y acompáñame esta noche —dice su mejor sonrisa de chulo, acostumbrado a tener chicas a montones—. Te prometo que no te arrepentirás. Vas a recorrer todos los paraísos que existen.

— ¡O nos dejas ir ya o monto un espectáculo ahora mismo, aquí, en tu puto local abarrotado de público! —Como si aquellas palabras fueran clavos que la atraviesan, Celia libera de un tirón sus manos de entre las de Buendía y se levanta de un salto —. ¡Venga vamos! Llévame con Elías.

— ¿Sabes una cosa, bonita? Creo que no has entendido nada. Pero no hay problema... créeme, lo entenderás. No soy hombre habituado a que le nieguen nada, pero por hoy ya está bien. No hay problema —repite, mientras un gesto de su brazo levantado, que al parecer sí es habitual, atrae inmediatamente hacia ellos a uno de sus lacayos

trajeados—. Conduce a la señorita a la calle y dile a Luís que acompañe al mismo sitio al caballero que tienen retenido en la salita.

— Eres un auténtico hijo de puta, Paco — replica Celia a modo de despedida.

Él la mira fijamente, todos los músculos de la cara en tensión, con un rictus tenebroso que acentúa la gravedad de su respuesta final.

— Puede que un día de estos sepas hasta qué punto, niña.

Los días son muy largos para Susan. El madrugón, el autobús y el tren, la dejan en su puesto de trabajo como recepcionista de un salón de belleza de postín frecuentado por las exigentes damas de la zona más noble de la ciudad. Es un puesto exigente que la obliga a cuidar su aspecto y a atender los caprichos y ocurrencias de un público acostumbrado a tener siempre exactamente lo que desea. Comer a toda prisa en un bar cercano, un café entre bromas con las compañeras y vuelta a pasar la tarde detrás del mostrador. La única perspectiva que le da fuerzas para afrontar diariamente esa batalla es la sesión de yoga que cada noche de lunes, miércoles y viernes, desde hace más de dos años, termina por relajarla completamente y le permite llegar a casa para cenar algo de fruta y un yogur antes de abandonarse, completamente agotada, al abrazo de su cama.

Sería perfecto si el horario de la clase se ajustara un poco mejor a su jornada de trabajo, pues tiene que esperar más de media hora en el club hasta que empiece la sesión.

Delante del espejo, Susan es consciente de la rotundidad de su propio cuerpo y de la

perfecta forma en que le ajustan los pantalones de yoga. Se sabe guapa y deseable, pero ni aun así ha conseguido que Carlos se fije en ella. Tal vez, piensa ante su imagen, porque no es el único cuerpazo que frecuenta la clase y porque, un maestro tan experimentado como él, ha visto demasiadas mujeres hermosas como para perder la cabeza precisamente con ella que, al fin y al cabo, es solo una más.

A pesar del ajetreo que bulle en el vestuario, continúa absorta en sus propios pensamientos hasta que alguien la separa de golpe de ellos.

— ¡Vaya, vaya...! Estás guapísima, Susan. ¿Las mallas son nuevas? Son preciosas y te hacen un culo de infarto, niña —bromea con ella Bea, compañera desde que llegaron al club, justo el mismo día, y que no pierde ocasión para tirarle los tejos.

— ¿Tú crees? —responde con tono de dejarse querer— No sé... quizá debería haber comprado otras que se ajustaran menos. Es que estas se pegan al cuerpo como una segunda piel.

— ¡Tonterías! No se puede estar tan buena y ocultarlo como si fueras una monja, ¡so tonta! Lo peor que puede pasar es que vuelvas loco al profe y acabe dando una clase de Zumba. ¡Jajaja!

Nadie sabe lo que siente por Carlos, la poderosa atracción que ejercen sobre ella su perfecta musculatura y ese hablar pausado y tranquilo que acompaña con un acento del sur que la vuelve loca por completo. Por eso, la referencia celosa que hace su amiga al maestro no le acaba de gustar.

— Sí... anda, termina de cambiarte que te espero en la sala. ¡Tú sí que eres tonta! — Termina por concluir, saliendo del vestuario sin volver la cara para mirarla.

Todavía faltan ocho minutos para que dé comienzo la sesión y Susan, albergando la esperanza de que el profesor ande por allí, se dirige hacia la puerta de la sala. No termina

de llegar hasta ella cuando, a través de la cristalera que sirve de fondo al pasillo, puede ver a Carlos que está en la calle, vestido para trabajar, hablando con un hombre. Por un momento, Susan piensa en dar la vuelta sobre sus pasos y salir hacia donde se encuentra para charlar con él con cualquier excusa tonta, pero algo en la escena que está observando llama su atención. La conversación entre los dos hombres resulta un tanto extraña, como si tuviera algo de furtiva o como si, por alguna razón así le parece, se tratara de un asunto profesional que ambos quieren liquidar lo antes posible. Desde el pasillo, tras la pared de cristal, Susan sabe que ellos no pueden verla mientras los observa iluminados por la luz de la propia calle y continúa mirando presa de una curiosidad cada vez mayor, pues los gestos entre ellos no parecen propios de un par de amigos. Sí, definitivamente se trata de una transacción de algún tipo porque ambos intercambian sendos sobres y, sin más dilaciones ni despedida alguna, se dirigen uno hacia una furgoneta blanca aparcada junto a ellos y el otro hacia el interior del club para comenzar su clase.

— ¡Por favor, Susan! No se puede estar más guapa que con esos pantalones. ¿Son nuevos? —es el primer comentario de Carlos, que apenas ha tardado un minuto en aparecer ante ella y que casi consigue sonrojarla con su sonrisa de anuncio—. ¿Estás lista para la clase de hoy? Va a ser fantástica, ya lo verás.

Y lo es, al menos para ella. Durante los cincuenta minutos que ha durado, él no ha dejado de atravesarla con la mirada. Susan no cabe en sí de gozo sintiendo que, por fin, ha conseguido atraer su atención y exagera los movimientos de su cuerpo para acentuar las curvas ante los ojos de aquel hombre que las dirige con voz de poeta. Su corazón se desboca cuando, por primera vez en dos años, Carlos se sitúa junto a ella y la toma por las caderas para corregir su posición.

— Baja un poco más. Así —la presión de aquellas manos fuertes sobre su cuerpo dispara su deseo y cuando le susurra al oído, por un instante, piensa que se lo follaría allí mismo—. Estás tan hermosa en esta posición que debería hacerte fotos, Susan.

El resto de la clase ha sido un levitar continuo, realizando los ejercicios y movimientos de manera automática, ocupada su mente en repetir una y otra vez la escena que la ha puesto a cien y que quiere grabar a fuego en su mente para todo el fin de semana. Cuando por fin llega el momento de la relajación final, la música hindú acompaña a sus pensamientos y a la mano que tiene sobre el vientre, intentando contener los escalofríos de placer que amenazan con mojar sus pantalones de yoga recién estrenados.

Un momento más tarde, finalizada la sesión, Carlos vuelve a acercarse a ella.

— Susan, estaba pensando... ¿Tienes prisa por irte a casa?

— Para nada, maestro. ¿Por qué lo preguntas? — ha conseguido responder sin que le tiemble la voz.

— Te espero en cinco minutos en el callejón —dice a su oído con una seguridad que no deja sitio a réplica alguna.

Y Susan, ardiendo desde las entrañas, sonrío junto a él y se atreve a besarle en la mejilla antes de darse la vuelta hacia el vestuario sin decir una sola palabra. A toda prisa se da una ducha y se cambia de ropa. Hoy trae puesta una falda corta y una blusa que coloca directamente sobre la piel, prescindiendo del obstáculo que, en pocos minutos, puede suponer la ropa interior. Cuando llega hasta el callejón mal iluminado que acompaña a la fachada trasera del club, Carlos ya está allí. Ninguno dice nada, sencillamente comienzan a devorarse desesperadamente.

Un instante es todo lo que necesita Carlos para tapar su cara con un paño empapado en triclorometano y antes de que sea capaz de superar la sorpresa, hacerla caer,

inconsciente, al suelo.

Al momento, una furgoneta entra dando marcha atrás en el callejón. Cuando las puertas traseras se abren, Carlos puede ver en su interior otra mujer que, igualmente sin sentido, permanece inmóvil tumbada sobre el suelo y un hombre que, dando un salto, baja del vehículo en dirección a ellos y se detiene a observar a Susan como si su trabajo consistiera en examinar las formas de su cuerpo.

— Joder, tenías razón. Esta nos sirve perfectamente. ¡Vaya par de tetas! Se la van a rifar.

— Ya te lo había dicho. Es una preciosidad, pero no me hace ninguna gracia cumplir con estos encargos aquí, en mi trabajo. Venga, te ayudo a cargarla en la furgo y desaparece lo antes posible. Estoy, estamos, corriendo un riesgo innecesario. ¡Joder! Ya el hecho de que hayas venido tú personalmente me tiene de los nervios.

— Cógela de los pies —ordena, tomando a Susan de los hombros—. No te preocupes, esto no debería volver a ocurrir. Lo de hoy ha sido una emergencia, pero, en todo caso, se te paga muy bien para que hagas tu trabajo sin rechistar. No me jodas y todo irá bien. ¿Entiendes, Carlitos?

— Claro, Beltrán, claro. Lo entiendo perfectamente.

CAPÍTULO 6

Lo ocurrido en Colors, la forma en que se precipitaron las cosas, ha sido para ellos una experiencia ciertamente agridulce, pues en solo un momento han pasado de la excitación sexual más salvaje a sentir el miedo y el desconcierto de una agresión tan injustificable como inesperada.

Una vez fuera, la primera reacción de Elías fue dirigirse inmediatamente a la comisaría más cercana para interponer una denuncia por el trato recibido, los golpes y la expulsión del local.

— Ha sido absolutamente humillante, Celia. No solo por el par de puñetazos que me ha regalado el tipo ese, sino por cómo me han sacado en volandas dejándote allí sola. ¡Cabrones! Te juro que voy a joderlos de todas las maneras legales que estén a mi alcance.

— Cálmate, por favor —responde ella, abrazándose a su cuerpo mientras caminan por una calle aún cercana a la sala—. Piensa un poco, Elías. ¿Qué vas a denunciar? No tenemos testigos de la agresión que has sufrido y siempre pueden argumentar que fuimos invitados a salir porque estábamos dando un espectáculo indecoroso en plena pista de baile. Sé que estás herido en tu orgullo e indignado, pero hay batallas que no merece la pena librar.

— ¡No puedo creer lo que estás diciendo! Entonces ¿qué propones que hagamos? ¿Nada? ¿Que dejemos que se salgan con la suya esos hijos de puta? No sé tú, la verdad, pero por mi parte esto no va a quedar así.

— Yo estoy contigo, Elías. A mí también me han humillado. Es más, creo que todo el

follón ha sido por mi culpa.

— Explícate —pide él, deteniéndose en mitad de la calle y haciéndola girar sobre sus pies para mirarla de frente—. ¿Cómo es eso de que ha sido por tu culpa?

— Ha sido todo uno el arrancarte de mi lado y que, un segundo después, apareciera Paco Buendía. Igual que los de seguridad, salió de la nada y, de repente, lo tenía detrás como una aparición. Creo que este lío ha sido simplemente un capricho suyo para acercarse a mí.

— Pero... ¿te ha hecho algo? Sigue contándome, por favor —la alarma en su rostro hace pensar a Celia que tal vez no haya sido buena idea relatarle lo sucedido. Pero ya está hecho. Debe continuar.

— No, no. No me ha hecho nada. Simplemente me ha llevado a una especie de reservado en un rincón, con la muy floja excusa de haber creído que me habías agredido, y ha pretendido convertirse en mi salvador. Su intención era pasar la noche conmigo o, al menos, así de claro lo ha insinuado.

— Pero... ¡será canalla el tipejo ese! ¡Venga, volvamos! Ahora sí que esto no ha terminado —dice Elías, comenzando a recorrer el camino de vuelta al Colors y tirando del brazo de Celia con una determinación que casi le hace daño.

— ¡Espera, espera! —contesta, resistiéndose a ser arrastrada—. Tengo que contarte algo más... Ese tío me da miedo. Ya esta tarde no me gustó como trató a Beltrán, pero me ha terminado de convencer de que es peligroso cuando, hecha una fiera como estaba yo, le he exigido que nos dejara salir del local amenazándolo con montar un escándalo de proporciones bíblicas delante de todo el mundo. Lo que realmente me ha acojonado ha sido su despedida: me ha fulminado con una mirada y un gesto de maldad en el rostro de una intensidad que nunca había visto antes. Y para rematar la faena me

ha escupido a la cara que algún día comprobaré lo hijo de puta que puede llegar a ser. De verdad, Elías, déjalo estar. No nos conviene cruzarnos en el camino de ese hombre —por un momento él no dice nada, sorprendido o, quizá, confuso por el alcance de lo que acaba de conocer, como evaluando las posibilidades de acción que le quedan. Solo puede mirarla con un gesto de dolor que a duras penas reprime, desbordada su capacidad para asumir una ignominiosa derrota a manos de un simple hostelero.

— Joder, Celia, ¡joder! Puede que tengas razón. Tal vez lo mejor sea correr un tupido velo sobre todo este asunto y olvidarlo lo antes posible. Al fin y al cabo, será suficiente con no volver por allí jamás —incluso hablando así no puede evitar pensar, ni por un momento, que Beltrán conoce bien a Buendía y tendrá que darle una explicación en cuanto vuelva a echárselo a la cara.

Uno frente al otro, durante unos segundos eternos, un silencio espeso intenta dar carpetazo al asunto. Es ella quien por fin lo consigue.

— ¡Tengo una idea! —propone Celia, cambiando el tono de la conversación hacia uno menos grave— ¿Qué te parece si te invito a mi casa y preparamos una cena que nos haga olvidar este montón de basura? ¡Te advierto que soy una auténtica maestra en la cocina!

— Me parece una buena idea, pero oye... esto no será una treta para llevarme a la cama, ¿verdad? ¡Jajajaja!

— ¡Por supuesto que sí, idiota!... ¡Por supuesto que sí, idiota!... ¡Por supuesto que sí, idiota!... —responde ella, en un eco que se va apagando cuanto más se prolonga.

Tan vívido el sueño, es la resonancia de sus propias palabras, de lo sucedido aquel día, lo que despierta a Celia en plena noche, sobresaltada y cubierta por un sudor frío que la estremece. Beltrán, que duerme profundamente a su lado, ni se inmuta cuando sale del

dormitorio con la intención de tomar un vaso de leche que la tranquilice y temple sus nervios. De alguna forma, ha conseguido dejar transcurrir el día sin que, al menos ella no es consciente, haya dejado traslucir la más mínima inquietud por cuanto está ocurriendo y el modo en que involucra, directamente, al hombre con el que comparte la vida.

Aquella mañana, tras la desagradable sorpresa de descubrir en Beltrán una actitud desconocida para ella y escuchar las sospechosas conversaciones que mantuvo en la cocina con hombres a los que daba órdenes, Celia hizo un esfuerzo por tranquilizarse y retomar el orden del día, simulando que nada estaba fuera de lo habitual, como una manera de no sucumbir repentinamente a la locura. Llegó tardísimo al hotel y, en contra de sus propios principios, pero como último recurso posible, se escudó en una repentina y falsa enfermedad de Ainhoa para justificarse. El trabajo y el fuerte ritmo que le impuso su encargada durante todo el día, consiguieron hacerla postergar en sus prioridades mentales el aluvión de acontecimientos anómalos que se le había venido encima de repente. Hasta que, tras recoger a la niña en el colegio y regresar a casa, una legión de preguntas, que habían permanecido agazapadas en su pensamiento, se dio al asalto de sus preocupaciones. Se dijo a sí misma que tenía que esforzarse por racionalizar cada cuestión, en la medida de lo posible, e intentar dar una respuesta sencilla a cada una de ellas.

Mientras Ainhoa merendaba delante de los dibujos animados que daban en televisión, Celia, sentada en el sofá, acometió la tarea de enfrentarse a sus dudas y se dejó llevar por su prioridad: Elías. ¿Qué clase de alucinaciones eran esas que la abordaban? Porque, sin duda, había algo en su mente que no estaba del todo bien. Era imposible que lo que había tomado por una experiencia real lo fuera. Nadie regresa de la muerte y, menos

aún, para llevarte a un mundo paralelo donde revivir situaciones pasadas. Sin embargo, las marcas que todavía señalaban sus caderas y, sobre todo, la maravillosa ilusión que la llenaba, le hacían pensar que todo era posible, que había cosas ocultas al entendimiento y que no éramos capaces de asimilar. Tal vez, después de todo, no estuviera enferma sino de amor. Tal vez fuera su propio deseo y los muchos años de ausencia de su único amor, lo que la estaba llevando a vivir una experiencia que se negaba a rechazar, sencillamente, porque calmaba su dolor. O quizá fuera que lo ocurrido aquellos últimos días aún atormenta su alma. No tiene manera de estar segura de nada, pero sabe que los acontecimientos se están precipitando por alguna razón y eso, sin duda, traerá consigo la respuesta al enigma del nuevo Elías.

Perdida en lo confuso de todo aquello, va abriéndose paso en su mente otra pregunta cuya respuesta se le antoja igual de complicada: ¿quién era el Beltrán de la cocina? Siempre supo que no era un santo, hace mucho tiempo que eso le quedó claro. Ya en los primeros años de su convivencia, cuando llegó a pensar en él como el hombre con el que compartiría el resto de su vida, decidió que no quería saber nada de los trapicheos que Beltrán trataba de ocultar a sus temores. Ella soportó como mejor pudo las sospechas de que pudiera traficar con drogas o incluso algo peor, hasta que la situación se hizo tan tirante entre los dos que a punto estuvo de finalizar con la disolución del matrimonio, justo unas semanas después del nacimiento de Ainhoa. Sin embargo, la hija que ahora tenían en común, el hecho de que siempre la hubiera mantenido por completo al margen de sus actividades y la reconfortante sensación de seguridad que le proporcionaba estar a su lado, fueron suficientes para superar la crisis. Él le prometió que buscaría un trabajo que proporcionara a la familia un sueldo a final de mes y lo hizo. Abandonó su ocupación como profesional de las chapuzas y comenzó a trabajar de

guarda jurado para una pequeña compañía local que parecía tener una fuerte vocación de crecimiento. Celia terminó por relajar sus recelos, aliviada por la estabilidad que el empleo proporcionó a la economía familiar y por la certeza del origen lícito de sus ingresos. Unos meses después, volvieron a abordarla las dudas ante las salidas nocturnas que Beltrán justificaba como horas extraordinarias en la empresa y que se fueron haciendo cada vez más frecuentes. Él argumentaba que necesitaban dinero y Celia respondía que ella necesitaba un marido y su hija un padre. Siempre recordará aquella mañana en la que, reuniendo el valor suficiente para enfrentarse a sus temores, se atrevió a preguntarle si la estaba engañando. Beltrán acababa de llegar después de pasar toda la noche fuera. Sentado a la mesa de la cocina frente a una taza de café, la miró fijamente durante los interminables segundos que el eco de la pregunta hizo de barrera entre los dos, levantó un dedo hasta colocarlo a pocos centímetros de su cara, y se limitó a amenazarla entre dientes: «no vuelvas a meterte en lo que hago. ¿Queda claro?» Nunca sabrá si fue el tono de hielo que cubría su voz o los ojos, de repente turbios y oscuros, que la petrificaron, pero lo cierto es que Celia captó el mensaje, el peligro de la advertencia que aquellas palabras encerraban. Y por primera vez aquel hombre, a quien debía tanto, apareció ante ella como la más viva representación del terror. Ese día, tomó la decisión de no mirar por no querer ver, por su propia tranquilidad y por la de su hija. Todo iba mejor desde entonces. Sí, hacía cuatro años ya que nada era igual, que su matrimonio era una balsa de aceite que se vertía a cámara lenta hacia las calderas del infierno para avivarlas. Casi preferiría arder de una vez a esa agonía que le iba carbonizando la piel y el corazón lentamente, con saña, y a la que se ha resignado como si fuera justo castigo a los pecados cometidos.

Con respecto a Beltrán, Celia tiene meridianamente claro que en ella recae una parte de

la responsabilidad de las acciones de su marido. Hace tiempo que la atormenta lo que considera una incontestable verdad: saber y no hacer nada es tanto como participar. Pero lo cierto, acude la reflexión en su descargo, es que jamás pensó que sus andanzas pudieran ir más allá del contrabando o el menudeo de drogas y que Beltrán terminaría por abandonar esas cosas, tal vez algún día. Nada la haría más feliz que ser la simple esposa de un empleado de seguridad, trabajar en el hotel y salir a dar una vuelta, los tres juntos, sin más preocupación que programar el tiempo del que disponían.

Pero, desde luego, esa mañana Beltrán no parecía el gris vigilante jurado con el que se hacía ilusiones de convivir. Esos modos netamente mafiosos con los que despachó las llamadas telefónicas, la familiaridad con que manejaba la pistola —Celia nunca la había visto en casa. De hecho, ella suponía que el arma era una herramienta que solo estaba autorizado a portar en horario de trabajo—, hasta el asunto de que consumiera alcohol a tan tempranas horas le resultaba chocante. Y luego estaba la referencia a un congelador que se negaba a valorar siquiera, que prefería entender como una manera de referirse a un castigo ejemplar o algo parecido porque el significado alternativo de aquella expresión — «...*cabrá en el congelador, ¿no?*» — era realmente aterrador. Sí, estaba claro que el Beltrán que conocía tenía un alter ego que tal vez fuera mejor no conocer. Por eso, porque, ahora más que nunca, no estaba segura de con quién se la jugaba en realidad, Celia decidió mantener invariable la rutina diaria, no comentar nada de todo eso con él y permanecer alerta. Más tarde o más temprano descubriría lo que se traía entre manos, pero no estaba dispuesta a correr riesgos innecesarios. No estando Ainhoa por medio.

A vueltas con otra de las preguntas que la torturaba, Celia intentaba comprender por qué Elías había querido que viera, una vez más, la llegada de Beltrán al pie del puente

para buscarla y si, al hacerlo, pretendía que ella reparase en alguna circunstancia especial. Escuchó primero el sonido de las llaves, seguido del portazo de rigor al cerrar y, por último, el «*hola, chicas*» habitual en su marido al llegar a casa.

— ¡Vengo molido, cariño! —fueron las primeras palabras que salieron por su boca. Excusas para tumbarse en el sillón, sabía ella— Esto del banco lo llevo cada día peor, de verdad. ¿Y mi niña pequeña? ¡Dale un beso a papi!

Ainhoa, que estaba dibujando sentada en su pupitre de juguete, salió disparada para abrazar a su padre, enarbolando el papel en el que trazaba garabatos de colores.

— Mira, papá... ¡Estoy dibujando nubes! —terminó por decir la niña, ya en los brazos de su padre que la elevaban casi hasta tocar el techo del salón.

— Estarás cansado. Date una ducha y en menos de una hora estamos cenando, Beltrán —con una sonrisa, Celia se acercó a él y tocó su hombro por todo saludo. Hacía mucho tiempo ya que se habían olvidado los besos de bienvenida.

La cena transcurrió, como era habitual, en un silencio mitigado por el sonido de fondo del televisor y con el relato breve y sin detalles de qué les había deparado el transcurrir de la jornada laboral. En varias ocasiones, Celia estuvo tentada de saltarse a la torera su propia decisión de mantener silencio con respecto a lo que había visto aquella mañana en la cocina, especialmente cuando Beltrán relató, como si fuera cierto, cuánto se había alargado el desayuno con uno de los inspectores de su compañía de seguridad —hasta más de las diez, mintió con descaro— y las muchas preguntas que este le había formulado, relacionadas con la calidad del servicio que prestaban en el banco. Sí, se contuvo y guardó silencio.

Pero algo no iba del todo bien en su interior, rebelado contra la apariencia de normalidad que le mostraba su esposo y ya en la cama, uno junto al otro, acabó por

plantear una pregunta disfrazada por completo de ingenuidad.

— Oye, Beltrán —dijo dándole la espalda y colocando bien la almohada—, ¿tú has estado en casa hoy? Quiero decir... a lo largo del día. Es que he encontrado en la basura dos latas de cerveza, arrugadas como las dejas tú, y me ha parecido extraño.

— Joder, Celia, no me jodas... ¡anda que en lo que te fijas! Cómo quieres que venga a casa desde tan lejos solo para beber cerveza —contesta con una voz que falsea somnolencia y sin dar importancia alguna a la pregunta—. ¡Yo qué sé, mujer! Estarían en el cubo y no las habrás visto. No sé. Anda, duérmete, que es tarde ya.

— Sí, será eso. No las habré visto. Porque, claro, a qué ibas a venir tú a casa que no fuera una urgencia. Con lo exigentes que dices que son en tu trabajo. Tonterías mías, no me hagas caso. Buenas noches, hasta mañana.

Ahora, a las tres y media de la madrugada, recorriendo el largo pasillo que la lleve hasta un reconfortante vaso de leche, Celia recuerda haber caído profundamente dormida apenas terminada esa conversación. Y después soñar, volver a vivir lo ocurrido aquella tarde y noche en el local de Buendía, con un nivel de detalle que no recuerda en ningún sueño a lo largo de su vida. Ha sentido en la piel la vibración de la música, la excitación y el miedo, tal y como si realmente estuviera volviendo a suceder ahí, en ese justo momento. Completamente absorta en esos pensamientos reconoce que le producen sensaciones extrañas, de esas que últimamente han llegado a su vida con la intención de quedarse. Sí, pensamientos y sensaciones del mismo tipo de la que acaba de sacarla a la fuerza de sus elucubraciones, paralizándola instantáneamente, pues una luz amarillenta que proviene de la cocina repta hasta el umbral, apenas a dos metros de ella, trepando por el marco de la puerta en una radiación brumosa e inquietante que ondula ante sus ojos. De repente, una sombra apenas humana interrumpe el flujo de luz

y se detiene por una fracción de segundo, encarándola e invitándola a ir tras ella mientras se adentra en la habitación.

Celia, inmóvil, se concede unos segundos para reaccionar. Los ha necesitado para convencerse de que no debe sentir miedo, de que, sea lo que sea tan escandalosa manifestación, está claro que pretende atraerla con algún propósito y de que, en realidad, todo su cuerpo vibra de deseo por saber de qué se trata. Con tres pasos, lentamente, entra en el fulgor pálido que flota en el pasillo y se gira para observar el interior de la cocina, permaneciendo allí durante un rato mientras se dice a sí misma que en otras condiciones, en otro momento de su vida, si no hubiese experimentado ya cosas inexplicables, lo que está viendo ahora la habría llevado con seguridad al borde del infarto.

En el centro de la habitación, las dos puertas del frigorífico abiertas de par en par exhalan una luz, de un amarillo muy vivo, que adquiere densidad al mezclarse con el vaho helado que produce la zona del congelador. Nada impide la fuga luminosa que grita la otrora tímida bombilla del aparato, convertida en potente foco para mejor presentar la orquestada visión que Celia contempla sin inmutarse. El interior del frigorífico está completamente vacío y todo lo que contenía, incluidas bandejas, cajones, estantes y viandas, aparece suspendido en el aire, perfectamente colocado, a metro y medio de las puertas, tal y como lo estaría en su interior.

Superando el miedo que la atenaza, Celia avanza lentamente hacia el centro de la cocina y rodea el increíble espectáculo que ofrece el contenido de la nevera. Aunque no le sorprende comprobar que ésta ni siquiera está enchufada, observando su interior completamente desnudo, la sobresalta un ligero «*clack*» que, ante sus atónitos ojos, acompaña el ligero desplazamiento hacia afuera del único cajón que ha quedado en el

aparato. En el depósito del dispensador de hielo se puede escuchar el movimiento de los cubitos que chocan entre sí, pidiéndose paso unos a otro para salir ordenadamente por la abertura y recomponer en el aire la forma que obligaba el propio cajón. Solo cuando éste está completamente vacío, vuelve a moverse ante ella para sobresalir un poco más e invitarla a mirar en su interior.

Llegada a ese punto, Celia comienza a estar verdaderamente inquieta. Sabe que debe cubrir el espacio que la separa del interior del cajón y mirar su contenido, pero está segura que se dispone a contemplar algo que no le va a gustar. Hay una bolsa de plástico, no muy grande, que parece contener algo completamente congelado en su interior. Armándose de valor, inhala profundamente y mete la mano en el depósito. Despacio, como intentando retrasar el momento, Celia contempla con curiosidad la bolsa que permanecía oculta entre los cubos de hielo y allí, bañada por una luz amarilla que se ha intensificado a su alrededor, descubre que en su propio frigorífico se conservan a la perfección dos dedos —a uno le falta una falange y el otro lleva un anillo— y una oreja de la que cuelga un pendiente con forma de margarita.

Asqueada por el hallazgo, le sobreviene una arcada que nace de lo más hondo de sus entrañas, justo en el mismo instante en que la escena se recoge sobre sí misma. En un borrón de movimiento, el contenido del frigorífico pasa a través suyo para ocupar el lugar que le corresponde en el interior del electrodoméstico, que acaba por cerrar violentamente sus puertas dejando que la cocina, ahora totalmente a oscuras, recobre la más completa normalidad ante sus ojos atónitos.

— ¡Mira! —la sobresalta un grito atronador, proveniente de todas las esquinas de la cocina, que pretende llevarla de regreso a la realidad.

Otra vez la maldita invitación a observar. Todavía horrorizada por el hallazgo que ha

hecho en esa especie de estado de conciencia alterado que acaba de vivir, Celia está segura de su siguiente movimiento. Cuando abre las puertas del frigorífico, el orden reina en el interior, como siempre ha debido ser. A la luz de la bombillita, desliza en sus guías el depósito del hielo, lo remueve con cuidado, rezando por no encontrar nada hasta que definitivamente se convence de que, si alguna vez estuvo allí, la bolsa que busca ha desaparecido. Con la mirada perdida en el estante de los huevos, alarga el brazo para tomar un brick de leche y se sirve un vaso, sentándose a la mesa apenas iluminada por la luz que sale de las puertas abiertas.

De repente, como una revelación, entiende el significado de lo que termina de suceder. No, no va a levantar a Beltrán y pedirle explicaciones. Tampoco va a llamar a la policía. Él le dijo que guiaría sus pasos para que pudiera llegar a la verdad y ella lo cree.

«Sí, Elías, ya sé que debo ser más observadora —habla como si estuviera sentado a su lado—, pero ahora, además, sé lo que tengo que mirar».

CAPÍTULO 7

Son casi las dos de la tarde cuando Elías sale del modesto apartamento en el que ha pasado la noche con Celia. Le hubiera encantado quedarse allí para siempre, pero ella, como cada domingo, tenía un compromiso adquirido con sus padres y su único hermano, Alfonso, para comer todos juntos. En este momento, flota sobre la acera mientras sus pies bien adiestrados conducen automáticamente rumbo a casa, descargando su cerebro de cualquier ocupación que pudiera interferir en los pensamientos que le llevan una y otra vez a Celia.

Tal ha sido el impacto que ha causado en él que le parece mentira que haga solo unas horas desde que su mente fuera propiedad exclusiva de Eloisse y de las circunstancias que abocaron al fracaso la relación que mantenían desde hacía casi tres años.

Lo cierto es que su vida cambió radicalmente el día en que ocurrió aquel maldito accidente de tráfico. Pasado tanto tiempo aún duele recordar el momento exacto en que tío Juan, con los ojos bañados en lágrimas, hizo un aparte con él para comunicarle la noticia de que sus padres habían perdido la vida en una carretera de mala muerte como consecuencia, todo lo indicaba así, de una salida de la vía a elevada velocidad. Aquel fue el peor fin de semana de su vida. Lo que había comenzado como una oportunidad para disfrutar durante un par de días de sus primos, Alex y Damián, y de Beltrán —vecino inseparable y compañero de correrías juveniles—, a los que con la edad veía cada vez menos frecuentemente, terminó por convertirse en una pesadilla que jamás podrá olvidar.

Juan, como estaba seguro que hubiera querido Elías padre, se hizo cargo de él. Al fin y

al cabo, era el único hijo de su hermano mayor y así, con dieciséis años recién cumplidos, privado de sus padres por el destino, comenzó a vivir en casa de sus tíos. Jamás le faltó nada, entre otras cosas, porque la posición económica legada por sus progenitores era lo suficientemente holgada como para permitirle vivir de las rentas prácticamente el resto de su vida. Sin embargo, en la naturaleza de Elías estaba el amor por el esfuerzo, la capacidad para asumir nuevos retos y la inquebrantable voluntad de saber cada día un poco más. Siendo así, llegado el momento, decidió que tanta pasión por el conocimiento solo podría verse colmada en un lugar como la Escuela Politécnica de Zúrich, la ETH. En su calidad de aspirante a formarse como ingeniero en un lugar tan insigne, Elías asumía, sin excusas y con todas las consecuencias, el privilegio de estudiar en el templo que había dado al mundo, en sus más de ciento cincuenta años de historia, veintiún premios Nobel, entre ellos su idolatrado Albert Einstein. Se adaptó perfectamente a la vida en el campus y durante los tres primeros cursos, no malgastó ni un segundo de su tiempo en otra cosa que no fuera adquirir nuevos conocimientos, hasta que un día, a principios del cuarto año, conoció a Eloisse en la cafetería del rectorado. Fascinado por su increíblemente densa y brillante melena rubia y por los ojos más azules que había visto en su vida, Eloisse se convirtió poco a poco en la razón de sus días, hasta el punto que a los tres meses de conocerse ella se mudó al apartamento de Elías en Bahnhofstrasse. Compartir sus días fue toda una experiencia. Desayunar juntos en la terraza, contemplando el trasiego de gente a orillas del río Limago, salir a correr por el parque Platzspitz, hacer el amor a cualquier hora y en cualquier lugar, dejarse los ojos en la mirada del otro, respirar por su aliento... amarse, en fin, era todo cuanto ambos querían hacer.

Y así, entre amor y libros, transcurrió aquel cuarto curso que los había unido de forma

tal que nadie hubiera encontrado herramienta suficiente para separarlos. Fue entonces, terminado el periodo de clases, cuando Elías cedió a los insistentes deseos de Eloisse, apasionada de lo español, de conocer a su familia y regresaron a la ciudad que lo vio nacer. Eloisse era mucho más que una mujer guapa, era un verdadero encanto, y, como no podía ser de otro modo, se convirtió inmediatamente en el centro de atención de los amigos de Elías. Pasaron días enteros en la casa de campo que, desde la muerte de sus padres, había permanecido cerrada salvo por alguna que otra visita de Alex y las chicas que solían acompañarle, siempre con la excusa de pasar allí el fin de semana y cuidar la propiedad. Sí, aquel fue un verano memorable en el que Eloisse mejoró enormemente su español y descubrió que los mejores amigos de su novio podían también ser sus mejores amigos. Que congeniara tan bien con ellos fue una gran alegría para Elías, preocupado porque la persona que más quería se integrara lo mejor posible y disfrutara de su estancia en la ciudad tanto como pretendía hacerlo él. Afortunadamente todo fue bien, especialmente con Beltrán, con quién la chica compartía gustos musicales y la afición por el retrato fotográfico. Pasaban horas comentando, debatiendo e incluso discutiendo, en torno a encuadres, luz, focos... Aquella coincidencia de aficiones resultaba divertida para Elías, que siempre había tenido a Beltrán poco menos que por un bruto venido a más, pero que estaba demostrando ser un perfecto conocedor de las técnicas fotográficas y, a decir de Eloisse, un artista con buen ojo. Nunca lo hubiera dicho.

Resultó pues, plenamente satisfactoria la escapada y se convirtió en tema de conversación frecuente entre ambos. Ella parecía haber disfrutado muchísimo, tanto que, apenas un mes después de su regreso a Zúrich, aprovechando una exposición internacional de retratos organizada por una multinacional financiera, viajó sola a la

ciudad ante la certeza de que se trataba de una de esas raras ocasiones en que podía contemplarse, en un solo lugar, el trabajo de los mejores profesionales del mundo de la imagen. No podía perdersela incluso aunque Elías, en plena vorágine de exámenes, no pudiera acompañarla.

A su regreso, Eloisse le relató las maravillas que había contemplado, siempre acompañada por Beltrán que se había comportado con ella como el perfecto anfitrión, y cómo había sido agasajada por sus tíos y primos, que la mimaron como si fuera su propia hija. Lo cierto, confesó, era que le encantaba la ciudad, su familia y sus amigos y esperaba que Elías estuviera dispuesto a volver allí en cuanto hubiera terminado el periodo lectivo.

Con el paso del tiempo, la relación entre ambos comenzó a verse afectada por la rutina, no como algo invalidante de lo que sentían, pero sí en el sentido de trivializar la convivencia especialmente por parte de Eloisse, cada vez más distante y menos interesada en valorar los constantes esfuerzos que Elías dedicaba a mantener viva la relación. Las frecuentes ausencias y viajes de ella, siempre con ocasión de algún meeting de desarrolladores informáticos —su especialidad en la ETH— o algún encuentro internacional de fotografía, sumadas a la cada vez mayor distancia que se interponía entre ambos cuando estaban juntos, terminaron por derivar en una conversación, amistosa pero tensa, que sirvió de cierre a lo mucho que se quisieron en una etapa ya pasada de sus vidas. Y todo acabó, así, casi como había empezado, sin proponérselo, sin más.

Casi siete años después de aterrizar allí por primera vez, con un Máster en ingeniería eléctrica y sistemas de información y un doctorado en ciencias, Elías se encontró libre de cualquier vínculo con Zúrich, al menos como lugar de residencia permanente, y

decidió buscar en el calor del hogar la reconfortante sensación de estar entre amigos, con la esperanza, tal vez, de encontrar la reparación que tanto necesitaba para el enorme dolor que sentía por la ruptura con Eloisse.

Ahora, sin embargo, caminando de regreso a casa, toda esa historia ha perdido repentinamente importancia. Conocer a Celia ha sido mucho más que una suerte, ha sido una de esas conjunciones que ocurren una vez en la vida. Planetas alineados para atraptarte en las consecuencias de una conjunción astral que te cambia la existencia. El tacto de la piel de sus brazos, el color de su sonrisa y su forma de caminar, riegan de escalofríos sus entrañas. La cercanía de su conversación, su forma de ver la vida y cómo se ha entregado a él, han calmado por completo todos sus miedos de tal forma que la sensación de vacío que le acompañaba a todas horas ha desaparecido, como por arte de magia, tornada en una plenitud que sacia todos sus sentidos. Pensando así comprende que ella, Celia, es mucho más de lo que estaba buscando incluso sin saberlo y que, sin remedio, unas horas han sido suficientes para encontrar el verdadero amor de su vida. Todo un auténtico flechazo.

Es consciente de que tiene que hablar con Beltrán, del que no está del todo seguro en cuanto a cómo va a reaccionar a la noticia de que se ha enamorado de su amiga, pero del que, con plena certeza y con independencia de este asunto, espera recabar una explicación de lo sucedido en el Colors.

— ¿Qué pasa chaval? ¿Dónde andas? —Beltrán ha cogido el móvil al primer toque—
Quién, ¿yo? Muy bien, de maravilla... Oye, ¿qué te parece si comemos juntos y así charlamos? Te invito... Hecho, entonces. Te espero en Casa Matías en un rato. Yo estoy cerca, a menos de quince minutos. No tardes.

Sí, Beltrán... por alguna razón, siempre presente en la vida de las mujeres que ama y

quién sabe si en la vida de más gente.

Saludar a Matías siempre es un placer. No solo es uno de los mejores restauradores del país sino un fantástico conversador, de sutiles ironías y rápido de reflejos al hablar, tanto que los casi ochenta años que lo contemplan parecen residir exclusivamente en su cuerpo y negarse a alcanzar una mente propia de personas mucho más jóvenes. Elías guarda muy buenos recuerdos de la relación que mantenía con su padre, al que acompañó en numerosas ocasiones al restaurante, próximo a su casa, que Matías regenta desde hace más de cuarenta años y que fue el primero de los cinco que posee repartidos por varias ciudades cercanas. Aunque, por la edad, el peso del día a día de los establecimientos ha recaído en Gloria, su hija mayor y una profesional formada desde su nacimiento para ello, Matías se niega a perder el contacto con los clientes que acuden al local y piensa que el día que lo haga será el que marque su final en este mundo.

— ¡Hombre, don Elías! Cuanto tiempo sin verte por aquí —dice el anciano en cuanto pone un pie en el interior del restaurante, jugando con su fórmula de siempre para convertir el trato de usted en una expresión de cariño—. ¿Cuánto hace? ¿Por lo menos dos años?

— ¡Matías! Por favor, si estás mejor que la última vez. Sí, algo así, dos años hará más o menos. Tú tienes mejor memoria que yo —contesta Elías a la vez que abraza al hostelero con la sinceridad de quién verdaderamente se alegra de reencontrarse con un amigo muy querido— Echaba de menos tus judías pintas con perdiz, bueno... y a ti, por supuesto.

— ¿Viene contigo esa guapa chica rubia que te acompañaba la última vez? Tu padre hubiera sido su fan número uno, seguro. ¿Mesa para dos?

— Sí, Matías, mesa para dos, pero no me acompaña ninguna mujer. Viene a comer conmigo Beltrán. Te acuerdas de él, ¿no?

Por un instante, el gesto distendido y alegre del anciano se ha contraído en una mueca que Elías ha captado perfectamente pero no acierta a interpretar. Una expresión como de disgusto que lo pone en alerta inmediatamente.

— ¿No lo recuerdas, Matías? Pues anda que no ha venido veces con nosotros a comer a tu casa cuando éramos pequeños.

— Ya, ya... si lo recuerdo perfectamente, Elías. Es solo que... bueno, por alguna razón no lo hacía vinculado a ti a estas alturas —responde, volviendo a recuperar la media sonrisa servicial, marca de la casa, que lo ha caracterizado durante toda su trayectoria profesional— Discúlpame, no me hagas caso. Creo que me estoy haciendo mayor.

— ¿Mayor? ¿Tú? ¡Venga ya, hombre! No hay tipo en toda la ciudad que sea más joven de espíritu que Matías —bromea por dejar zanjada la situación, pero tomando nota de la sorpresa del anciano por el hecho de que aún se relacione con su amigo. Se pregunta la verdadera naturaleza de la zozobra que se ha adueñado, por un momento, de Matías. Una versión acompañada por una guitarra acústica del *Alone*, de *Heart*, lo deja en la mesa que siempre fue la favorita de sus padres, junto al ventanal que linda con los jardines del local. Mientras espera que le sirvan una copa de vino, aparece Beltrán enfundado en un traje tan serio que le arranca una sonrisa cuando su mente lo asocia a los domingos de misa y paseo de su infancia.

— Muy buenas, chaval —dice Elías cuando su acompañante llega a la mesa—. Parece que vas a hacer la primera comunión, tan trajeado y eso. Siéntate, ¿qué vas a tomar?

— Ya he pedido una cerveza al pasar por la barra. ¿Llevas mucho tiempo esperándome?

—el gesto serio de Beltrán y el poco aprecio a la broma indican que no está de buenas.

Elías lo conoce bien— Yo también quería hablar contigo.

— He llegado hace un momento, lo justo para saludar a Matías y sentarme —responde, convirtiendo el tono cordial con que lo recibió en otro más acorde con la actitud que aparenta su amigo. Como Beltrán se lo ha puesto en bandeja, miente para aprovechar la posición de ventaja que le supone la afirmación que este acaba de hacer y se reserva para mejor contraatacar—. Simplemente me apetecía comer contigo y comentar la tarde de ayer, pero si dices que quieres hablar conmigo, será por algo. Bueno, pues tú dirás.

— Mira, Elías, tú y yo nos conocemos desde niños. No me voy a andar con tonterías — con dos frases entra de lleno en materia mientras la dureza de su rostro se reafirma en una mirada fría como el hielo que se clava en los ojos de Elías, escudriñándolos, tomando nota del impacto de cada palabra que se dispone a pronunciar—. Me han contado tu numerito en Colors con Celia y yo, que te considero casi un hermano, no lo he podido creer, menos aún sabiendo tú lo que siento por ella. Dime, hermano... dime que mienten los que van contando por ahí esa mierda.

Como si le hubiera dado entrada el apuntador de una obra de teatro antigua, Jose, uno de los camareros más veteranos de la casa, aparece junto a la mesa dispuesto a tomar nota de los platos que han de servirse en la comida. Una interrupción que da aire a Elías para procesar el directo que acaba de recibir y decantarse por una estrategia que le sirva para obtener la información que ha venido a buscar. Sabe que, si arrostra la cruda verdad de su relación con la chica, enfrentándose directamente a la ira de Beltrán, solo conseguirá ofuscarlo, que se cierre en banda y provocar una discusión dónde su carácter

tranquilo siempre tendrá las de perder contra el huracán descontrolado en que puede convertirse su amigo.

— Judías con perdiz para los dos, Jose, y una botella de ese tinto de la casa tan bueno. ¿Puede ser? Ah, y tráenos un surtido de entremeses, jamón y queso, mientras esperamos —Elías pide por los dos, sabiendo de antemano que lo más probable es que no lleguen juntos al plato principal.

— Beltrán, eso es lo de menos. Lo importante es que anoche, tu amigo Buendía encargó que me dieran de hostias, amenazó gravemente a Celia y nos puso de patitas en la calle con las peores formas posibles. No sé, por alguna razón creo que tú tienes algo que ver con ese cabrón y quiero que me digas qué es exactamente, quién es ese tipo y si tenemos algo que temer de él.

Que le haya salido por la tangente, atacándolo directamente y dejando sobre sus hombros la responsabilidad de lo sucedido, descoloca a Beltrán, incapaz de reaccionar de otro modo cuando alguien lo acusa, da igual de lo que sea. Su instinto natural lo impulsa a descargar su posible culpa.

— ¿Qué quieres decir con eso? ¿Crees que yo tengo algo que ver con todo lo que dices que os ha pasado? Pues estás muy equivocado, chaval —replica Beltrán levantando la voz—. Paco es Paco, si lo conocieras no preguntarías gilipolleces. No da explicaciones nunca porque se lo puede permitir y hace exactamente lo que le sale de los huevos. ¿Está claro? A mí no me impliques en esas movidas, que ya tengo bastante con no cagarla con él.

— ¿No cagarla? Joder, nene, pero ¿qué te traes tú con semejante tiparraco? Tiene toda la pinta de ser alguien con quién no conviene relacionarse y ¿me dices que tienes algo con él?

— Escúchame, Elías —dice, bajando el tono de voz y avanzando el torso sobre la mesa en dirección a su acompañante para enfatizar la declaración que se dispone a hacer—. Te conviene no tener encontronazos con Paco. No es un hombre con el que se pueda jugar. No creo que tengas que preocuparte por lo sucedido anoche. No me lo imagino yendo detrás de ti, pero es mejor no tentar a la suerte. Te lo digo en serio: apártate de su vista.

— No estoy preocupado por mí, lo estoy por Celia. Ambos creemos que todo el numerito en Colors se debió a que Buendía pretendía pasar la noche con ella. Cuando se negó, la echó a la calle como a un perro y le prometió que algún día sabría lo hijo de puta que puede llegar a ser. Me preocupa, Beltrán, de verdad.

Por un instante, el rostro de Beltrán pierde todo atisbo de color y permanece como congelado, sin reacción aparente a las palabras de Elías, hasta que recupera la movilidad, recostándose en la silla y mostrando una sonrisa desenfadada que pretende quitar dramatismo al tema.

— ¡Que no, hombre! ¡Que no! No tienes por qué preocuparte. Paco es un capullo, desde luego, pero toda la fuerza se le va por la boca. Es que le pierden las chicas. Seguro que cuando salisteis vosotros no tardó diez minutos en tirar la caña a otra mujer. Es así, no cambiará nunca, pero es inofensivo. Tranquilo.

— Vale, me lo creo —miente—. Cuéntame qué tienes en común con él.

— ¡Coño, Elías! ¡Nada! Es solo que, a veces, me encarga pequeños trabajos o me los busca entre sus amigos. Y le estoy muy agradecido, tío. No todos somos ingenieros ni tenemos por delante un futuro tan brillante como el tuyo. Necesito ganarme la vida y Paco me ha echado un cable más de una y más de dos veces. Eso es todo —pese al énfasis que pone, lo delata el lenguaje corporal, su forma de gesticular y el modo en que

desvía la mirada al hablar.

— ¿Qué clase de trabajos? —pregunta Elías, atacando el jamón y dando un sorbo a su copa.

— Pues de todo, pero casi siempre transportes. Llevar algo de aquí a allá. Alguna mudanza, pequeñas reparaciones del hogar, esas cosas. Bueno, bueno... ya vale de preguntas, chaval. No me salgas por peteneras que el que ha preguntado primero he sido yo. Me vas a decir qué coño te traes con Celia, pero ya.

Ahora es Elías el que recuesta su espalda sobre el respaldo de la silla y coloca ambas manos sobre el mantel, como para demostrar que no piensa ocultar nada en su respuesta, reforzando el gesto con una mirada directa y franca.

— No sé por qué me preguntas eso. Hace años que la conoces y nunca has demostrado verdadero interés por ella. Aparte de tus impertinencias hacia Celia, que francamente no entiendo, sea el que sea el derecho que creas tener sobre ella, te aseguro que estás equivocado. Yo no tengo la culpa de que te empeñes en generar una tensión sexual que solo está en tu cabeza.

— ¡Tú lo que eres es un cabrón! ¡Contéstame a la pregunta que te hago! —los gritos de Beltrán escandalizan al resto de los paralizados comensales. Al final, los esfuerzos de Elías por mantener controlada a la bestia han sido en vano. — ¿Te la has follado o no? En esta respuesta se la juega y lo sabe. Sopesando las diferentes modulaciones de la verdad que puede hacer, no considera como opción mentir, Elías termina por escoger la que le parece menos mala.

— Por supuesto.

Por una mínima fracción de tiempo el restaurante, al completo pendiente de la escena, enmudece en un silencio sordo, una implosión que augura la peor de las reacciones. De

repente, Beltrán se pone en pie violentamente, impulsando la silla que lo acogía con tal fuerza que la estampa contra una señora que come con su pareja justo al lado, y golpea la mesa con ambos puños haciendo saltar copas, vasos y platos. Apoyado sobre los dos puños, toma un cuchillo y con una furia desmedida, como si su vida dependiera de ello, lo clava en la mesa justo entre las dos manos que Elías se ha empeñado en mantener sobre ella.

— ¡Hijo de la gran puta! ¡Esto no te lo perdonaré jamás! Desde este momento tú y yo hemos acabado, cabrón. Cuídate de no volver a cruzarte en mi vida.

Por un momento, rayos cósmicos de todas las frecuencias posibles brotan de sus ojos en un intento de fulminar por completo a Elías hasta que, sin más, da media vuelta y sale de la sala como alma que lleva el diablo.

Dos camareros irrumpen en la sala para restaurar el orden y colocar de nuevo el menaje en su sitio a una orden de Matías, que ha observado el encontronazo discretamente detrás de la barra, y que se acerca a la mesa donde Elías continúa paralizado por la virulencia de la reacción del que, hasta ese momento, consideraba su amigo.

— Las judías ya están listas. Siéntate y disfrútalas. Hay tipos que no merecen la pena.

CAPÍTULO 8

Un hermoso y ancho camino adoquinado, flanqueado por adelfas y palmeras, sobre el que refleja su luz la luna llena, conduce al visitante del «El Albero» hasta la fuente central de una plaza que custodia la entrada principal a la enorme casa, núcleo de un conjunto que incluye varias construcciones adicionales: cuadras, un edificio para invitados, tres casitas para el servicio, instalaciones deportivas e incluso un tentadero cubierto para la monta y doma de caballos andaluces.

El Bentley Mulsanne recorre lentamente los más de mil metros del camino hasta detenerse justo entre la fuente y un empleado, impecablemente uniformado, que abre la puerta trasera mientras otro sirviente ofrece su brazo para que el único pasajero del vehículo se apoye en él al salir.

— Bienvenido, señor Heckberg. Es un placer recibirlo de nuevo en esta casa — Silvio Buendía, el patriarca de la familia, vestido con un esmoquin negro de Armani que sienta de maravilla a sus setenta y cinco años, ejerce de anfitrión extendiendo su mano para estrechar la de su invitado —. Llega usted justo a tiempo. Acompáñeme, por favor, le presentaré al resto de personas con las que compartiremos la velada. Le aseguro que no se arrepentirá de su decisión: las fiestas solo para usted son deliciosas, pero estoy convencido de que encontrará gratificante la experiencia de compartir sus gustos en un grupo de la máxima confianza. Por aquí, si es tan amable.

— Muchas gracias, señor Buendía. Es un placer volver a verlo — responde al saludo el invitado en un español perfecto, solo matizado por su peculiar forma de arrastrar las erres. Erick Heckberg es uno de los más influyentes empresarios de Austria, heredero de

un imperio, tan basto como rico, en el que tienen cabida desde fábricas de muebles hasta líneas aéreas. Es un tipo serio, de mirada torva y pocas palabras, que ronda los sesenta años y, a pesar de la evidente cojera que le afecta la pierna derecha, camina con el majestuoso aire de un emperador, tal vez, porque se sabe el rey de una organización que emplea a más de cien mil personas en medio mundo.

— Por aquí —repite el anfitrión—. El resto de los invitados se encuentran ya en el salón. Una galería acristalada que rodea un inmenso patio andaluz exquisitamente diseñado, iluminado por grandes faroles de aceite que cuelgan de vigas de madera, acompaña el recorrido hasta el exquisito recinto donde en animados corrillos, un grupo de unas setenta personas, hombres y mujeres, ellos de etiqueta y ellas vestidas de gala, disfrutan de la música de un cuarteto de jazz que interpreta una versión instrumental del *All of me*, de *Billie Holliday*, mientras los camareros pululan entre la concurrencia portando bandejas de comida y bebida.

— Permítame presentarle —dice Silvio al llegar a la altura de un grupo compuesto por dos elegantes señoras y un caballero, con el pelo engominado hasta la grosería, que en esos momentos ríen de buena gana—. Señor Restán, señora Díaz, señorita Zueros... este es el señor Erick Heckberg. Como ustedes, participará en la subasta de esta noche. Ahora, por favor, discúlpenme, debo atender otros asuntos y disponerlo todo adecuadamente para que la velada resulte tan perfecta como sin duda merecen ustedes. Diviértanse, por favor.

Mientras el anfitrión abandona el salón por la magnífica escalera imperial que lo preside desde su fondo, Eliana Zueros sonrío abiertamente al empresario austríaco y se acerca a él, tomándolo del brazo suavemente.

— Yo soy Eliana, querido Erick. ¿Puedo llamarlo así? —continúa sin esperar la

autorización, dejando patente, a pesar de ello, en sus modales y en la delicada forma de hablar, la noble cuna de la que procede y la selecta educación que ha recibido— Déjeme que haga una presentación más detallada de nuestro pequeño grupo, puesto que tengo entendido que ninguna otra persona se va a sumar a él en el día de hoy. Supongo que cuanto mejor nos conozcamos, dada la naturaleza digamos... poco legítima del evento que nos ha reunido aquí, mejor entenderemos que sean cuales sean nuestras motivaciones últimas, todos buscamos lo mismo: satisfacer nuestros instintos. Y si aceptamos esto como un axioma válido para cualquiera de nosotros, convendrá conmigo en que nos encontramos en un entorno de la máxima confianza.

— Supongo, señorita Zueros —responde Heckberg sin apearse del uso del apellido y, dando un paso a un lado para liberarse del brazo de ella—, que tiene usted razón. En cualquier caso, conozco a Buendía desde hace más de quince años. Hemos sido compañeros en múltiples negocios. También rivales, por supuesto, pero lo considero una persona de la máxima solvencia y un hombre de honor. Confío de antemano en cualquier propuesta que venga de su parte —al tiempo que da un sorbo de la copa de Clos d'Ambonnay, mira a los ojos de sus acompañantes con un brillo tan perfectamente serio en la mirada que acentúa el rostro inmutable e inexpresivo del empresario, puro desafío, y paraliza a los presentes.

» Si la cuestión es presentarse, podría comenzar por mí mismo. Empezaré por decir que nadie me llama Erick; eso era potestad exclusiva de mi madre y murió con ella. Dirijo mi grupo de empresas desde Austria, pero mi casa es el mundo. Por lo demás, no acepto jamás una negativa a mis deseos y quiero que sepan que, por el simple hecho de que hayamos sido presentados, no deben considerarme un amigo. Dicho esto, en mí encontrarán siempre un camarada fiel, nunca traiciono a mis socios. Si conviene a mis

intereses, no dudaré en ayudarles a conseguir sus objetivos cuando necesiten de mí. Y por último sepan que, a estas alturas de mi vida, hay muy pocas cosas que realmente me sorprendan. Creo que eso es todo —termina, esbozando lo que podría pasar por una sonrisa—. Espero que mi sinceridad no sea un obstáculo para que nuestra relación sea plenamente satisfactoria para todos.

El resto de los asistentes a la reunión continúan a lo suyo, charlando y compartiendo la ocasión, en tan privilegiado entorno, ajenos a la conversación y a los intereses comunes de aquellas cuatro personas que, en un rincón del salón, desentonan con el ambiente general, inmóviles, petrificados como figuras de cera.

— Verá, Heckberg, nada en su presentación escandaliza a los presentes —interviene Íñigo Restán—. En general, ni estas señoras ni yo mismo somos personas de fiar. Reconozcámoslo. Usted tampoco lo es, su reputación le precede, pero esta noche somos compañeros de juego, rivales en buena lid, en realidad. Al fin y al cabo, estamos aquí para divertirnos. ¿No cree que sería bueno para todos que nos relajáramos e intentásemos aparentar una cierta cordialidad? En fin, en este punto considero absurda toda esta farsa de presentaciones, baste decir que puede esperar de cualquiera de nosotros, hablo por los tres, estoy seguro, la misma camaradería que usted promete. Y sobre todo que mañana, cada cual a su vida y sea lo que sea que veamos esta noche, los secretos de cada uno estarán a salvo encerrados bajo llave en la mente de los demás.

— Está bien, está bien, Íñigo —interviene Mariela Díaz—. Creo que, en realidad, basta con que mantengamos una relación de respeto mutuo. Es cierto que el señor Heckberg es un personaje nuevo entre nosotros, pero también lo es que nuestro anfitrión nos conoce a todos desde hace mucho tiempo. Estoy segura de que su buen criterio nos ha reunido teniendo en cuenta una compatibilidad plena. Sencillamente deberíamos

relajarnos y participar de la ocasión.

Las fiestas de Silvio Buendía son un selecto acontecimiento social. Conseguir una invitación para una de ellas no es siquiera consecuencia de los méritos propios de cada cual, es más bien una designación directa realizada por el propio Silvio a instancias de, al menos, cuatro miembros que hayan asistido a un mínimo de seis de esos eventos. Lo que comenzó siendo la reunión de un reducido número de prohombres de una pequeña ciudad de provincias, se ha convertido con el paso de los años en un acontecimiento internacional al que solo acuden, rigurosamente seleccionados, algunos representantes de las élites más exclusivas, todos ellos con un denominador común: entre sus ocupaciones habituales destacan por ser los mejores en algún tipo de inconfesable actividad. Así, respetabilísimos hombres de negocios, conocidos en el mundo entero por sus éxitos financieros, acuden a «El Albero» en calidad de sustentadores económicos de grupos terroristas asiáticos, mientras que los líderes de estos grupos están representados por destacados miembros de algún democrático estado europeo interesado, por supuesto, en fomentar la inestabilidad social de la zona. Propietarios de imperios periodísticos se encuentran en las fiestas de Buendía con los dueños de multinacionales electrónicas y ambos con representantes de artistas y modelos de fama mundial cuyos favores sexuales se alquilan por astronómicas cifras, por supuesto, sin detrimento de la posibilidad de negociar la venta de esclavos para la pesca de marisco en Tailandia o para cultivar marihuana en Reino Unido. Promotores inmobiliarios que trafican con armas, navieros que dirigen una red de venta de órganos a escala planetaria... prácticamente cualquier atrocidad que en el mundo es, cuenta con algún representante en las civilizadas reuniones del cortijo. Como no podía ser de otro modo, la mayor perversión se rodea siempre del mayor de los lujos.

La noche continúa con una cena servida en uno de los salones de la finca, entre distendidas conversaciones, brindis animosos y ofertas de negocio cuando, a eso de la medianoche, Silvio Buendía, que recorre las mesas desde hace un buen rato departiendo con los invitados en tono de broma, llega a la última de ellas. Es la única a la que se sientan solo cuatro personas.

— Mis queridos amigos... ha llegado el momento. Todo está preparado para que disfruten, una vez más, de su personalísima experiencia en esta casa. En unos momentos, serán invitados a seguir a una persona de nuestro staff. Les ruego que abandonen el salón con la máxima discreción porque, aunque es cierto que entre el resto de invitados hay personas que conocen estos eventos especiales, también lo es que otros muchos ni saben de su existencia ni, probablemente, lleguen a saber de ella jamás —una radiante sonrisa que grita en blanco enmarcada por el broceado rostro del anfitrión, lo despide casi sin necesidad de palabras—. Disfruten con plena libertad. Están totalmente a salvo. Buenas noches.

— Discúlpeme, Herr Buendía... supongo que estará al tanto de que he traído un complemento para el juego. ¿Es así?

— Naturalmente —contesta mientras se aleja del grupo sin volver la cabeza—. Naturalmente, Herr Heckberg. Estoy seguro de que todo será de su gusto. Confíe.

Unos minutos más tarde, una mujer muy joven, con aspecto de rozar apenas la veintena, vestida con un elegante traje ejecutivo de falda y chaqueta y elevada casi hasta el metro noventa por unos espectaculares zapatos de tacón, se aproxima al grupo con una decisión poco habitual en personas de esa edad que se enfrentan por primera vez al servicio de tan exigentes clientes.

— Señoras, señores... si son tan amables de personarse en cinco minutos en el hall. Mi

nombre es Eva y estaré encantada de ser su guía en la experiencia «El Albero».

Y dicho esto, al igual que llegó, da media vuelta y desaparece del salón, entre el ruido de la cena y la orquesta que la ameniza, casi como un fantasma, en dirección al punto de encuentro fijado con los invitados.

Todo está dispuesto en el foso de arena para recibir a los invitados. Una zona perfectamente acondicionada, en el centro del recinto, acoge un conjunto de espléndidos sillones Chester dispuestos en torno a dos mesas bajas, con estructuras de oro y cristal. A un par de metros hay una zona entarimada, ligeramente elevada y completamente tapizada de rojo, en la que se han instalado los muebles y herramientas habituales, que son sello inconfundible de la casa en este tipo de eventos. Todo el recinto está completamente a oscuras, excepción hecha del camino desde la entrada a la zona de los sillones. Este está iluminado a los lados con lámparas que arrojan su luz desde el suelo, separadas entre sí regularmente, y por potentes focos que alumbran la zona de aparatos tapizada en rojo, dejando en penumbra el lugar destinado a los espectadores.

Para cuando Restán, Díaz, Zueros y Heckberg, guiados por la altísima azafata, toman asiento, apartado unos metros, ya hay alguien sentado en una silla. Apenas pueden verlo, envuelto como está en las sombras, pero cualquiera podría adivinar en él a un hombre joven, fuerte y desnudo, que permanece completamente inmóvil y en silencio a la espera de algún acontecimiento.

Mientras dos camareros comienzan a servir licores y habanos, otro dispone sobre las mesas sendas bandejas de plata, cada una de ellas con no menos de cuarenta rayas de cocaína. La fuerza de la luz sobre el escenario deja entrever que, tras él, un enorme cortinaje negro cubre completamente un prisma de unos diez metros de lado y tres de

alto.

— Estimados amigos —comienza a hablar Eva, desde el centro del escenario, llamando la atención del grupo, con un discurso que parece mil veces recitado—. Vamos a comenzar la sesión de esta noche. Supongo que todos ustedes están al tanto de las normas. Es decir, no hay normas. Por favor, sean ustedes mismos. Esta experiencia, por completo regalo de la casa, está concebida como un acto visceral, una válvula de escape para sus tensiones internas, sus instintos más reprimidos. Nada de lo que puedan hacer, o ver que hacen otros, saldrá jamás de aquí. «El Albero» espera que ésta sea una noche inolvidable para ustedes y confía en que, tal vez algún día, quieran repetirla con nosotros. Disfruten, por favor.

Apenas termina de hablar cuando una batería de luces que cuelgan del techo enfoca repentinamente la estructura cubierta de tela negra, con tal potencia que incluso el escenario que ya estaba iluminado queda en penumbra. Los invitados murmuran entre ellos por unos segundos, impacientes, tal vez. Los camareros han desaparecido y solo Eva los acompaña, discretamente apartada.

De repente, atrona el tentadero entero el *Requiem for a dream*, de *Hans Zimmer* y cuando la música y la luz han conseguido captar la total atención de los espectadores, unos segundos después, la cortina es arrastrada sobre el enorme prisma que ocultaba, quedando al final totalmente oculta tras él y dejando a la vista de todos la ofrenda por la que se han reunido esa noche allí.

Cuatro mujeres, en apariencia ninguna de ellas mayor de veinte años, ocupan cuatro celdas de cristal con forma de cubo, numeradas en la esquina superior derecha con caracteres rojos. Están atadas en cruces aspadas que brillan a la luz de los focos con reflejos de oro, completamente desnudas, y gritando tan desesperada como

inútilmente, pues la música y un perfecto aislamiento acústico de los cubos impiden que sus alaridos de terror alcancen el exterior.

— Eliana, querida —dice Mariela Díaz, supurando lujuria por cada poro de su rostro, de repente transformado, acariciando el brazo de la mujer que está sentada a su lado mientras, con la otra mano, señala hacia las celdas—, espero que sepas contenerte. El número dos es exactamente el tipo de cuerpo por el que pierdes el control.

Pero la cara desencajada de la señorita Zueros, su mirada perdida y la mandíbula tan apretada como las manos, a punto de rasgar el cuero del Chester, dan a entender al resto de invitados que la Eliana de buena cuna ha dejado paso a un monstruo sediento y enfermo de locura, contenido a duras penas.

— Sí... sí —susurra, como víctima de algún delirio— Es una maravilla de niña. Sí... lo es. Sírvanse ustedes primero y déjenme que la contemple un rato más. Tengo que pensar cómo voy a proceder con ese cuerpo.

Ninguno de los presentes se atreve a hacer valer su derecho a escoger la misma chica. Tal vez porque todos son conscientes en ese instante de que Eliana no lo permitiría.

CAPÍTULO 9

Cuando se trabaja de turnos los descansos suelen caer entre semana. Es jueves y Celia tiene el día libre. Lo cierto es que, aunque echa de menos poder compartir con Ainhoa los fines de semana, ha terminado por acostumbrarse e incluso le resulta cómodo disponer de un día hábil para realizar gestiones o aprovisionar la despensa.

Hoy, como siempre, se ha levantado temprano para preparar los desayunos de su familia y ver como Beltrán y la hija de ambos se marchaban de casa hacia la escuela y el trabajo.

Libre de nuevo, sin embargo, ha decidido que este jueves lo va a dedicar a poner en orden su hogar y no piensa salir. Lleva un par de días viendo girar en torno a su pensamiento decenas de opciones, de interpretaciones de lo que está sucediendo, y, a pesar de ello, no consigue decidirse por ninguna. Todas le parecen tan disparatadas como inverosímiles. Lo que tiene muy claro a estas alturas es que Beltrán está metido en asuntos verdaderamente sucios y que no es, ni por asomo, el hampón gris, buen padre y mal marido, con el que siempre se conformó.

Apenas lleva media hora restituyendo el orden en la casa, recogiendo juguetes, guardando ropa, cuando percibe un ligero olor en su propio cuerpo impropio de ella, menos aún, cuando no ha hecho ejercicio ni trabajo alguno que la haya obligado a sudar. Pese a que ha intentado obviarlo, cinco minutos más tarde, decide que no tiene prisa por limpiar y que lo mejor será dejarse llevar por el deseo creciente de llenar la bañera de agua caliente, cubrirla de sales y disfrutar de un rato de relajación escuchando la radio.

Todavía conserva su figura, un cuerpo atlético perfectamente definido que ha

conseguido mantener a pesar del poco tiempo que dedica al gimnasio. Buena genética, dice su entrenador. Mientras termina de llenarse la bañera, se desnuda frente al espejo del baño y repasa su reflejo en busca de signos que puedan evidenciar que los años no pasan en balde. Continúa teniendo un vientre aceptablemente plano, en el que se insinúan todavía los abdominales que tanto trabajo le costó conseguir en su día y esa uve que los recoge hasta las ingles. Sus pechos, ni demasiado grandes ni demasiado pequeños, se mantienen razonablemente firmes a pesar de haber amamantado un bebé, y los brazos y las piernas conservan la tensión como si los ejercitara con la misma frecuencia que en sus mejores tiempos. Sí, no está mal, piensa mientras se recoge la melena con una pinza y se pregunta cuanto tiempo aguantará antes de que su carne se rinda definitivamente a la maldición de la gravedad.

El agua está deliciosamente caliente y la espuma de las sales de rosa la cubre por completo cuando hunde su cuerpo en el baño, reposando la cabeza en la almohada impermeable que utiliza en estas ocasiones. Con los ojos cerrados, Celia se deja inundar por la música y el aroma del jabón, consiguiendo poco a poco descansar la mente, no pensar en nada, hasta que una agradable sensación de ingravidez se apodera de ella para hacerle creer que flota sobre un fluido amable y protector que la defiende frente a todo mal.

Perdida en un limbo tan agradable, apenas pasan unos minutos antes de ser consciente de lo excitante que resulta el tacto de sus pechos, acoger entre sus dedos los pezones endurecidos, apretarlos y jugar con ellos. Con los ojos cerrados, embriagada por el calor, la música y un aroma a naranja y menta que no recordaba en esas sales, Celia se entrega a su propio cuerpo, recorre con sus manos el vientre, las caderas y juega, con la destreza de quién mejor conoce sus gustos, a rozar suavemente su clítoris. Sus dedos entran y

salen de ella, con la naturalidad que proporciona conocer el camino correcto, solo para volver a concentrarse en los labios y su contorno cuando el placer amenaza con desbordarla. No quiere un orgasmo rápido, todo su cuerpo se retuerce en el agua y aun así procura domarlo, ordenarle calma, sabiendo que cada segundo que gane al éxtasis final lo hará infinitamente más intenso. El olor a naranja es tan vivo, tan fresca la brisa con sabor a menta... Sin abrir los ojos, decenas de pequeñísimos chapoteos llegan a su mente, enfebrecida por el placer, pero luchando contra él para llevarlo al límite. Los dedos aceleran la frecuencia con que atacan su sexo, sin importar nada, sin piedad. Su cuerpo es liviano y flota por entero en el abrazo cálido del agua que la cubre entre rayos de lujuria cuando, como si lo hubiera esperado desde el principio, se deja abrazar por él. Celia abre los ojos y contempla una lluvia de flores de azahar, salida de ningún sitio, que caen sin cesar, lentamente, sobre la superficie del agua y sobre el baño entero, cubriéndolo por completo del blanco aroma de los naranjos en flor. Es entonces, justo en ese momento, cuando por fin puede sentirlo, justo detrás de ella, refugiando una potente erección entre sus nalgas, abordándola por detrás y besándola en el cuello, mordiéndola suavemente, acariciando sus pechos, susurrándole al oído cuánto la quiere, para mostrarle el camino hacia un orgasmo tan poderoso y tan prolongado que la hace llorar de placer.

Refugiada entre los brazos de Elías y aún sin verlo, Celia solo desea morir, permanecer a su lado para siempre, eternizar el fuego que consume sus entrañas en ese momento y del que él es el único dueño. Así transcurren los minutos, un millón de siglos, entregada a la gloria del gozo absoluto que recorre todas las fibras de su cuerpo y de su mente hasta que, girando la cabeza, con los labios entreabiertos por el deseo, besa aquella boca que la enloquece, con ansia, pidiendo más, rogando por que no pase ese instante.

Como si hubiera accionado un interruptor, cuando se rozan sus labios la más pura luz blanca lo inunda todo y cesan, arrancados de repente de la consciencia, el olor, la música y el placer.

Todo está oscuro. El ruido del cauce de un río cercano es el único sonido que puede distinguir. Y el frío. Es una noche de invierno, iluminada por una luna llena en su máximo esplendor, que le permite reconocer el entorno casi como si fuera de día.

— ¡Eres tan hermosa! —dice Elías, avanzando desde atrás para llegar a su altura y esperando a que se gire para besarla suavemente— Increíblemente bonita, tanto en el ahora de aquí como en el de allí.

— Te he echado tanto de menos. ¡Maldita sea! ¿Por qué no puedo verte más a menudo?

—contesta Celia, dando rienda suelta a la ansiedad que siente a cada segundo por volver a tenerlo cerca— Joder, ¿dónde estamos, Elías? ¿Qué hacemos en pleno campo?

— Acompáñame, quiero que presencias acontecimientos que nunca llegaste a conocer y que están directamente relacionados con lo que me ocurrió a mí y, en cierto modo, transformó tu vida. Necesito tu ayuda tanto como tú necesitas respuestas. Ven.

Entre los olivos, agachados detrás de uno de ellos, Elías señala hacia un punto situado al norte indicando a su acompañante dónde debe mirar. A unos quinientos metros, un conjunto de construcciones destaca, iluminado, en la noche. Celia no dice nada, sencillamente espera hasta que Elías la toma de la mano.

— ¿Estás lista?

— Lo estoy. Vamos, enséñame eso que es tan importante —contesta tensando su cuerpo para echar a correr hacia las casas. Pero no es necesario, un fulgor plateado la recorre de arriba abajo, violento y helado, un inmenso golpe de ariete que la transporta en una fracción de segundo, de la mano de Elías, hasta el mismo muro que bordea el

cortijo.

— Pero... pero...

— Ya, ya... no te preocupes. Te quedan muchas cosas por ver, mi amor. Hay ciertas leyes físicas que podemos, en este estado, si no obviar, al menos bordear a nuestro favor. No te asustes por nada. No mientras estés junto a mí —con un ruido metálico, el gran portalón que tienen situado a menos de veinte metros a su derecha comienza a abrirse—. Silencio, mantente a mi lado y observa.

No hay nadie junto al acceso abierto, sin duda, operado a distancia. Es una ocasión que no pueden desaprovechar, así que, sin dudarlo un instante, entran en el recinto y se refugian en un cobertizo, anexo a una nave industrial y desde el que se domina en primera fila el escenario, donde duermen tres tractores y un par de remolques agrícolas. Por el camino que llega hasta esa puerta, atravesando el olivar, pueden distinguirse a lo lejos los faros de un vehículo que avanza hacia ellos a un ritmo demasiado vivo para el estado del terreno. Sea quien sea, parece tener cierta urgencia por llegar. Tres minutos más tarde, la furgoneta blanca entra en el cortijo y el portalón, con el mismo estruendo metálico que lo abrió, vuelve a cerrarse. Entre risas y bromeando, salen de la nave tres tipos que se dirigen a un cuarto que ha descendido del vehículo.

— ¡Joder, macho! Vaya horas que traéis. Por aquí ya hay mucha gente nerviosa, César —dice el que parece llevar la voz cantante. Un tipo de físico enfermizo, el más bajito y delgado de todos, vestido con vaqueros, chupa de cuero y botas camperas. Ni su rostro amarillento y demacrado, ni su melena canosa y mal cuidada, contribuyen a librarle de un aspecto peligroso—. Nos dejáis apenas veinte minutos para prepararlo todo.

— Sí, ya lo sabemos, Siena. ¡Menuda nohecita! —contesta César, encendiendo un cigarrillo— Bueno, lo importante es que hemos cumplido. Ya estamos aquí. ¡Coño, que

frío hace! Démonos prisa, no sea que acabemos fastidiando el asunto. ¡Jefe! ¿Vamos al lío? —grita hacia el interior de la furgoneta, donde un segundo ocupante habla por teléfono sentado en el asiento del acompañante.

Parapetada tras uno de los tractores, Celia a punto está de perder la conciencia, le tiemblan las piernas, busca el aire que le falta en los pulmones con la boca abierta, cuando de la Ford Transit baja, a menos de diez metros de sus propios ojos, Beltrán, tan joven como era entonces, pero con la misma actitud y decisión que unos días antes descubrió en su propia cocina.

— ¡Dejaros de cháchara! César, échame una mano —ordena, abriendo el portón trasero y subiendo a la zona de carga.

— Hoy es viernes —comenta Elías, susurrando—. Sí, es la noche del primer viernes desde el día que nos conocimos. Justo seis días después. ¿Recuerdas?

Pero Celia ni siquiera lo escucha, completamente petrificada, incapaz de reaccionar, observa como Beltrán, agarrándola de los hombros, y César, tomándola por los pies, bajan del vehículo a una mujer cuyo torso está envuelto por completo en plástico transparente, como el que se usa en la cocina, y amordazada con cinta americana. Mueve la cabeza de forma titubeante, como queriendo resistirse, pero con tan poca convicción, tan escasa de fuerzas, que Celia concluye que ha sido drogada de alguna forma. Mientras el que ahora es su marido y su secuaz vuelven a la oscuridad de la zona de carga, dos de los tipos que aguardaban se hacen cargo de la chica y desaparecen en la nave con ella. Para cuando regresan, una segunda víctima, ésta agitándose en sus ataduras e intentando gritar desesperadamente por debajo de su mordaza, les está esperando en el mismo sitio donde fue depositada la primera.

— Espero que todo esté bien. Sabes que no hago preguntas, pero sigo sin entender cuál

fue el problema con la otra chica, de verdad —comenta Beltrán al tipo con mala pinta y del que parece tener que recibir el visto bueno—. ¿Qué coño tenía para que no te haya gustado, si puede saberse?

— Mira, chico. Lo que tienes que hacer es ser más cuidadoso con tu trabajo y asegurarte de que cumples con lo que se te pide, ¿estamos? —la cara de pocos amigos de Johnny Siena es para echarse a temblar, piensa Celia— A la chica no le pasaba nada, a simple vista. Pero coño, es que tenía una cicatriz en la axila de quince centímetros por lo menos. Qué sé yo... una operación o algo. Se te ha dejado bien claro que no pueden tener ni el más mínimo defecto. Tienen que ser perfectas físicamente, otra cosa no estaría a la altura de la clientela. Y menos esta noche que ha venido un alemán o austríaco, no estoy seguro, que...

— ¡Eh, eh, eh...! No sigas, no quiero saber nada más. ¿Que tú dices que no te vale? Pues de acuerdo. Para mí es suficiente, se busca otra y en paz, pero no me cuentes nada de para qué o para quién las queréis. Eso a mí me importa tres cojones. Te aseguro que estas dos son dos auténticos bombonazos.

— Más te vale. Por cierto, supongo que habrás sabido resolver lo de la chica descartada, ¿no? —pregunta el receptor de la mercancía.

— Claro. Por supuesto. Está todo controlado, nadie volverá a saber nada de ella. Puedes estar seguro. En fin, creo que deberías tener algo para mí —dice Beltrán, señalando con la cabeza una mochila a los pies de su interlocutor.

— Toda tuya —contesta Siena, girándose sobre sí mismo y retornando al interior de la nave industrial al tiempo que, con un gesto de su brazo izquierdo, ordena que se vuelva a abrir el portalón de la finca—. Paco te avisará para el próximo encargo. Puedes largarte.

Ahora es Beltrán quién se acomoda tras el volante. César, que apura el cigarrillo sentado a su lado, baja la ventanilla lo suficiente para que salga el humo y de paso permitir a Elías y Celia escuchar sus comentarios.

— Miedo me da lo que puedan hacerles a estas nenas, Beltrán.

— ¡Ni miedo ni hostias, tú! Lo que hagan con ellas no es asunto nuestro, pero vamos... ni por un momento pienses que van a salir vivas de aquí. De eso nada, ya te lo digo yo. Lo jodido debe ser lo que les tienen preparado antes de darles pasaporte. No quiero ni pensarlo. Paco y yo hemos cumplido del todo. A mí, mientras me paguen —da un par de golpecitos con la mano derecha sobre la mochila que acaba de recoger—, como le he dicho al canijo, lo demás me importa un carajo.

— Claro, jefe, claro. Vámonos ya, ¿no? Todavía nos da tiempo a tomarnos una copa.

Con un par de maniobras rápidas, la furgoneta vuelve a encarar la salida y se pierde por el mismo camino por el que llegó, la gran puerta metálica se cierra de nuevo y la zona queda completamente desierta, sin ninguna actividad aparente.

Celia continúa perpleja, incapaz de movimiento alguno, destrozada por la certeza de las actividades criminales de Beltrán, por confirmar sus sospechas más atroces con respecto a él, por ser consciente de que duerme a diario, desde hace mucho tiempo, con una alimaña despiadada.

— Debes ser fuerte, cariño — la tranquiliza Elías estrechándola contra su pecho —. Ojalá pudiera contarte más sobre toda esta porquería de asunto, pero no puedo. Debes ser tú quién lo resuelva. Necesito tu ayuda.

Por un instante, Celia no dice nada, se limita a permanecer entre los brazos de Elías hasta que, inspirando profundamente, se separa ligeramente de él para mirarlo fijamente a los ojos.

— Escúchame bien, Elías. Empiezo a comprender que, de algún modo, por acción o por omisión, una parte de las cosas que estoy viendo son responsabilidad mía. No sé, puede que no sea así, pero en todo caso me atañen muy directamente —el rostro de Celia se ha endurecido con la determinación de quién ha tomado una decisión irreversible—. Puedes estar seguro de que voy a llegar hasta el final.

— Antes de seguir tengo que dejarte claras algunas cosas, Celia —dice Elías, aún en el cobertizo de herramientas—. Son importantes. Nuestra presencia en esta realidad es completamente típica, quiero decir que es casi tan real como tu otra vida. No estoy seguro de como interpretas la situación, pero no quiero que puedas pensar que estas a salvo. Aunque nuestra naturaleza aquí, la tuya y la mía, no está sujeta del todo a las leyes de la física convencional y, a consecuencia de ello, no podemos resultar heridos o muertos, cualquier acción en este momento concreto tendrá un reflejo en la realidad que vives en el futuro. ¿Entiendes lo que quiero decir?

— Que tenga cuidado, ¿no?

— Sí, ten cuidado. Límitate a observar y a entender lo que está sucediendo como una simple espectadora. Cuando vuelvas a tu tiempo tendrás ocasiones de sobra para tener en cuenta esta experiencia y actuar en consecuencia. Eso me recuerda otra cosa: aquí no pidas ni esperes ayuda de nadie, por ejemplo la policía y, sobre todo, por encima de cualquier otra cosa, ten muy presente que no debes interactuar con nadie. Mientras no lo hagas pasarás completamente desapercibida, invisible a los ojos de los demás, pero si intervienes directamente sobre las personas o los acontecimientos, no puedo

garantizar que conserves tu condición de indetectable y, por tanto, que no seas completamente vulnerable. ¿Te ha quedado esto claro, Celia? Dime, ¿lo has entendido bien?

— Vale, sí. Lo entiendo. Prohibido inmiscuirse en los acontecimientos. Queda claro. ¿Alguna cosa más que deba conocer?

— Sólo prevenirte: estamos entrando en un mundo cruel, repugnante y difícil de comprender para las personas como nosotros. Vas a presenciar actos de la más pura maldad y debes estar preparada.

— A estas alturas, cariño, creo que me ha quedado clarísimo que aquí pasa algo espeluznante. Intentaré mantenerme distante emocionalmente. Pero, dime... si nadie puede vernos ¿por qué nos ocultamos?

— Verás, no estoy seguro del todo de eso. Sencillamente pienso que, si nosotros estamos aquí, es posible que otros también puedan hacerlo ¿no crees? Y, si eso es así, no tenemos forma de saber cuáles son sus intereses y sus intenciones. Mejor ser precavidos.

— No soy idiota, Elías, sé que me ocultas algo, pero está bien, no voy a insistir. Creo que lo comprendo. Somos indetectables mientras no actuemos, pero debemos ocultarnos por si hubiera alguien como nosotros que pudiera vernos. Por lo demás, ver, oír y callar.

— Exactamente. Graba eso en tu mente y continuemos. Debes presenciar algo más — dice Elías mirando por encima del hombro de Celia en dirección a la nave industrial— Es necesario que conozcas la verdadera dimensión del drama en el que estamos inmersos. El resplandor vuelve a transportarlos en una fracción de segundo, ahora al interior del edificio al que fueron trasladadas las chicas que trajo la furgoneta de Beltrán. Es un espacio enorme, pobremente iluminado por solo algunas de las muchas baterías de

fluorescentes que cuelgan del techo, que acoge varios depósitos de aceite, centenares de garrafas de plástico y maquinaria para el envasado y etiquetado. Inmediatamente llama la atención de Celia una habitación, ésta sí, plenamente iluminada, en la que se escuchan varias voces. Puede reconocer la de Johnny Siena. Aunque su primer instinto es parapetarse detrás de un grupo de armarios próximo a la entrada del cuarto, Elías avanza delante de ella y entra con decisión para refugiarse entre las sombras de aquel lugar que huele a jabón y perfume, por extraño que pudiera parecer. Celia lo sigue y se acomoda a su lado.

En el centro de la habitación, hay una enorme pileta redonda donde, completamente desnudas, ambas mujeres están siendo bañadas por dos hombres, sin miramientos ni delicadeza alguna. Sus gestos son seguros, rápidos y no dejan lugar a la más mínima confusión en cuanto a la naturaleza de su trabajo: es una tarea rutinaria, que ejecutan con la precisión de quien ya la ha realizado muchas veces, y totalmente desprovista de empatía. Sencillamente las están lavando, como se lava un coche, como se limpia un mueble, con agua y jabón.

En realidad, son apenas dos chiquillas. Aquella que intentó resistirse no lo hace ya, probablemente porque le hayan suministrado otra dosis y la otra chica balbucea pidiendo explicaciones con la misma escasez de convicción de antes, la misma que muestran también sus torpes movimientos.

— Venga, daos prisa. Éstas van a espabilar en unos minutos y, para entonces, ya tienen que estar listas y ocupando su puesto — ordena Siena.

No tardan demasiado en estar sentadas en sendas sillas de ruedas que, enfrentadas a un espejo, hay en un lateral de la habitación. Los mismos tipos se afanan ahora para secarles el cabello y recortarles las uñas de manos y pies.

— ¡Venga, va! No tenemos más tiempo. Además, ya están preciosas. Nos vamos.

La orden es acatada sin dilación y ambos hombres empujan las sillas de ruedas en dirección a una puerta lateral, en la que se adivina un pasillo mal iluminado, seguidos por el jefe.

— Venga, vayamos tras ellos —susurra Elías—. Dejemos que se alejen un poco.

El angosto recorrido se prolonga por unos cincuenta metros, justo hasta otra puerta, acceso a una especie de soportal que tiene a la derecha una cuadra que aloja una docena de caballos, absolutamente hermosos incluso para el más profano en la materia. Desde donde se encuentran puede verse un recinto de arena, una especie de pequeña plaza de toros, piensa Celia, mientras observa como la comitiva que los precede a cierta distancia se dirige hacia el albero, empujando las sillas en un silencio apenas roto por los silabeos incoherentes de las chicas.

— ¡Esperad, capullos! —grita Siena— Esperad un momento, que enciendo las luces, coño. A ver si nos vamos a matar, con las putas prisas.

Con el coso totalmente iluminado, la escena no mejora demasiado a ojos de Celia, antes al contrario, ni siquiera el hecho de haber preparado su mente para lo peor evita que una imaginaria y poderosa mano estrangule su pecho intentando asfixiarla cuando, en el centro de la arena, contempla una estructura con forma de gigantesco contenedor marítimo, construida de algún material transparente, en la que se distinguen claramente cuatro compartimentos, cada uno de los cuales contiene un aspa, que brilla como si fuera de oro y parece anclada al suelo.

— ¡Joder, Elías! Pero... ¿qué mierda es ésta? —Elías no contesta, se limita a hacer una señal que pide silencio sobre sus labios y, con la mirada, la invita a proseguir tras los tipos.

Una mujer, elegantemente vestida, los espera delante del contenedor, haciendo gestos con un brazo para reclamar celeridad al grupo.

— Vamos muy tarde, Siena. Los invitados ya han cenado y Buendía quiere que los traigamos aquí ya. ¡Venga, vamos! ¡Daos prisa, joder!

— Tranquila, Eva —responde el aludido—. Ya están listas. Hace unos días hubo problemas con una chica y la entrega de la sustituta se ha demorado. Hace apenas un rato que ha llegado.

— ¿Problemas...?

— Nada de qué preocuparse. En serio, todo está bien. La chica que nos han traído es digna de una de tus cajas, tranquila. Danos diez minutos y ya puedes traer a tus putos invitados —la mirada de Siena recorre el cuerpo de Eva, de arriba abajo, babeando deseo— ¡Qué buena estás, niña! Si no fuera por lo que es, te ibas a enterar tú de lo que es un hombre de verdad.

— ¡Vete a la mierda, enano! Y haz tu trabajo de una puta vez —replica la chica, dando media vuelta en dirección a la salida, en un tono que no contiene un ápice de broma.

A los cubos que componen el contenedor se accede con una pequeña escalera móvil de dos metros de ancho y tres escalones. Sólo cuando los dos hombres levantan a la primera chica y la introducen en uno de los cubículos, Celia entiende completamente lo que se disponen a hacer y repara, horrorizada, en que hay otras dos mujeres que previamente han ocupado sus lugares correspondientes. Crucificadas en un aspa de oro, inmovilizadas de pies y manos por pañuelos de seda roja que los tipos anudan a conciencia, narcotizadas, musitando quejas e incapaces de defenderse en su expuesta y humillante desnudez. En un par de minutos la estructura transparente está completamente lista para exhibir a sus correspondientes inquilinas como la mercancía

en que Celia sospecha que se han convertido.

— Bueno, esto ya está —comienza a hablar Siena, dirigiéndose a sus secuaces y señalando con el dedo al que tiene más cerca—. Mientras tú vas despabilándolas, nosotros dos vamos a recoger un fulano que tiene que estar presente en la fiesta de hoy. ¡Estos cabrones degenerados no tienen límite!

Desde el callejón, parapetados junto a una torre que soporta en su parte superior un altavoz superlativo, Celia y Elías observan el montaje que hay dispuesto en el lugar, intrigados por saber qué tipo de personas ocuparán la zona que parece destinada a espectadores, mientras el sicario cumple con lo que se le ha ordenado. Abriendo un maletín que viajaba en los bajos de una de las sillas de ruedas, colma una jeringa con una sustancia que extrae de una bolsa de gotero e inyecta su contenido a las mujeres, repartiéndolo a partes iguales entre ellas. Apenas unos segundos más tarde, poco a poco, las cuatro dan muestra de ir recuperando el control y no tardan mucho en darse cuenta de lo desesperado de su situación.

— ¡Me llamo Susan Rodríguez! ¡Me llamo Susan Rodríguez! ¡Socorro, por favor! — grita con agonía una de las chicas, a pleno pulmón, tal vez con la esperanza de que alguien pueda venir en su ayuda — ¡Socorro, por favor!

El carcelero, chasqueando la lengua y dando muestras de fastidio, vuelve a entrar en la celda de cristal y, de un fuerte puñetazo en el estómago, restablece el silencio en los labios de la mujer.

— ¿Qué pasa, ya están despiertas? —Siena y el otro tipo han aparecido de nuevo en la arena y traen con ellos, tirando de un cinturón de cuero que termina en un collar en su garganta, un hombre de físico impresionante, totalmente desprovisto de ropa, al que sientan en un sillón y liberan de la correa— La naloxona funciona de puta madre, macho.

Va, venga... cierra los cubos y vámonos. Tengo que avisar a Eva, que ya nos está esperando para empezar con el show.

Para cuando los compartimentos quedan totalmente cerrados, las chicas que los ocupan parecen completamente despiertas. Pese a que es claro que se retuercen y gritan en su cautiverio, sus alaridos apenas son perceptibles desde el exterior. Los dos hombres de Siena utilizan sendas pértigas de aluminio para hacer pasar por encima del prisma los extremos de un enorme rollo de tela negra, conectado a lo que parece ser un torno que sin duda servirá para recogerla cuando llegue el momento de dejar al descubierto el horror que oculta. Sólo cuando está todo correctamente dispuesto, Siena deja la escena apenas iluminada ambientalmente, casi a oscuras, y hace una llamada.

— Muñeca..., cuando quieras.